1568

CÉSAR MARTÍNEZ

CALVARIOS IGNOTOS

DRAMA SOCIAL EN TRES ACTOS

Estrenado con gran éxito en el TEATRO MARAVILLAS de Madrid, en la noche del 28 de Marzo de 1930.

PRIMERA EDICIÓN

COPYRIGHT BY CÉSAR MARTÍNEZ. — 1930

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, 24
1930

10

CÉSAR MARTÍNEZ

CALVARIOS IGNOTOS

DRAMA SOCIAL EN TRES ACTOS

Estrenado con gran éxito en el TEATRO MARAVILLAS de Madrid, en la noche del 28 de Marzo de 1930.

PRIMERA EDICIÓN

COPYRIGHT BY CÉSAR MARTÍNEZ. — 1930

MADRID
IMPRENTA DE «LA ENSEÑANZA»
Ruiz, 23. — Teléfono 30.077
1930

AUTOCRÍTICA

Publicada en *A B C* del 27 de marzo de 1930.

"*CALVARIOS IGNOTOS*"

Drama social, original del párroco D. César Martínez, cuyo estreno en el teatro Maravillas se anuncia para mañana viernes.

Por haberlos visto de cerca en mi vida parroquial, me atarazaban como propios los dolores tremendos y agudísimos que padece el pobre pueblo rural español, oprimido por el caciquismo, destrozado por la usura y ahogado por el latifundio.

Por haber visto a mis compañeros luchar abnegadamente para remediar estos males, me conmovió edificándome tan hermosa labor evangélica. Y por haber conocido entre ellos un ejemplar admirable de exaltación caritativa a lo Pablo de Tharsis, resolví llevar este asunto al teatro.

Lo que siento es que no haya caído en manos mejores que las mías una cuestión de tanta actualidad y de tamaña trascendencia social. Pero los defectos de mi obra se han de disimular por el arte reconocido de la selecta compañía de Manrique Gil, que la ha tomado con un cariño y entusiasmo que nunca agradeceré bastante.

CESAR MARTINEZ.

DEDICATORIA

Al eminente maestro D. Jorge de la Cueva, mi iniciador en la técnica teatral. Al hombre bueno todo nobleza y desinterés, que pacientemente me acogió, guiándome y alentándome en mis balbuceos de principiante, le dedico esta mi primera producción teatral, a cuenta de la inmensa deuda de gratitud que me obliga a serle tan devoto como admirador.

EL AUTOR

REPARTO

Personajes.	Actores.
LEONOR	Consuelo Guerrero de Luna.
LA MARIANA	Aurelia Díaz.
DOÑA JULIA	Engracia Barbero.
SEÑORA MARTA	Carmen Robles.
TÍA EUSEBIA	María Olmedilla.
LUISITA	Antonia Otero.
ANTONIA	Consuelo Monteagudo.
DON PEDRO ROBERT	Manrique Gil.
JUAN MANUEL	Pedro Yáñez.
VALLES	Manuel Santamaría.
DON NICASIO	Vicente Crespi.
SEÑOR NICOMEDES	Julio del Cerro.
EL ROJO	Leopoldo de Diego.
TÍO LESMES	José Vega Elvira.
BELORTA	Rafael Mor.
VICTORIANO	Enrique Martínez.
DON JULIÁN	Manuel Lasso.
DON JUAN MIGUEL	Enrique Martínez.
DON MANUEL	Bernardo Pérez Vergara.
RAMÓN	N.
DOS MUCHACHOS	N. N.

DERECHA E IZQUIERDA, LAS DEL ACTOR

ACTO PRIMERO

Habitación modesta. Puerta lateral derecha. Otra al foro. Mesa y estante con libros. Caja tosca de brasero. Arca en lateral izquierda.

ESCENA PRIMERA

MARTA y LESMES

LESMES — Ya está el brasero preparao pa cuando lo quieras. ¡Hay un ascuarril en la lumbre!

MARTA — Güena falta hace. ¡Hace un rehielo!

LESMES — Como que ha caído un escarchazo que paice una nevá talmente. Date priesa a limpiar pa traer el brasero antes que se devante don Pedro.

MARTA — Eso no es cuenta tuya.

LESMES — Es que a don Pedro hay que cudiarlo, Marta, que está delicao.

MARTA — Si no ices más que eso...

LESMES — Hoy se va a llevar una sorpresa con el cabrito asao; con lo que le gusta.

MARTA — A lo mejor no lo cata. Otras cosas tamién le gustaban antes, y ahora no las cata. Estoy deseando que venga su familia a ver si escansa. ¡Siempre con cavilaciones, y sin comer, y sin dormir! Se va a buscar una enfermedá.

LESMES — Tenemos que besar ande pise don Pedro, Marta. Ese hombre nos ha dao la vida a tóos los vecinos.

MARTA — Bien poco l'habís ayudao; que no habís hecho más

671011

que chapacerías y traiciones. Si no es por el conde...

LESMES ¡Qué dehesa la del conde, Marta! Tiés que venir un día pa que veas aquello. ¡Esos son pastos! Hay una yerba así de alta. *(Extiende la mano.)* Las ovejas están atocinás. Eso es el paraíso terrenal, como ice don Pedro. Tenemos que besar ande pise don Pedro, Marta.

MARTA ¡Pobre don Pedro! Si se estrella y no sale p'alante con su empleita, se lo dejo solo; y ya es güeno otra vez, porque nus lo ha dao tóo mascao, no más que pa echarle la mano y aprovecharse.

LESMES Yo nunca he hablao mal de don Pedro.

MARTA Nenguno l'habís defendío, más que debajo de las chimeneas.

LESMES Pero yo no me he puesto en contra dél.

MARTA Amos, Lesmes, calla. ¿No t'acuerdas ya cuando icía don Nicasio que había que escupir al cura y echarlo de aquí? ¿Qué hacías tú entonces? ¿Qué hacías?

LESMES ¿Yo? Como icían que se iba... ¿Qué iba a hacer yo? Si nus ponemos de su bando y luego se va...

MARTA ¡Anda! Que no le echastes de casa, porque no te dejamos. Güenas guerras nus costó sujetarte. De eso no hables, Lesmes. Al que se mete a redentor aquí, le debían de dar un mazazo en la cabeza, por tonto. Aquí no hay hombres.

LESMES Pos no te creas que está ya la gente como denantes, Marta.

MARTA Entoavía se echaba tóo a perder si estuviá en la mano de ellos. Aquí no hay unión ni formalidá.

LESMES Pero nó es que no se conocen las cosas. Es que tié miedo la gente.

MARTA Que se callen y no comprometan a naide.

LESMES Eso sí que es verdá.

MARTA ¡Qué bonito! Venir aquí a toas horas a contar lástimas y a llorar; y luego hacer la del capitán Araña.

LESMES Eso sí que es verdá.

MARTA ¡Es que hierve la sangre! *(Remedando.)* Don Pedro, que ese tío cacique nus esuella con los réditos y con los pastos. Don Pedro, que nus ha quitao las colás y ha metío doscientas fanegas nuestras en su finca, y si pedimos justicia, siempre gana él. Don Pedro, que nus carga tóos los pagamentos del Ontamiento y él no paga ná. Don Pedro, que nus deshonra nuestras hijas... Y cuando saca la cara por ellos, le dejan solo. ¡Gallinas! ¡Canallas!

LESMES ¿Denantes me asomao y estaba dormío.

MARTA S'ha tomao una poca leche caliente y ha dicho que le llamemos cuando vengan los señores curas. Hoy no ice misa él.

LESMES ¿Quién ice la función?

MARTA Don Julián. El pedrica el sermón.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS y JUAN MANUEL; luego ROBERT

JUAN MANUEL Tía, ¿ande está la faja nueva?

MARTA *(Va al arca.)* Aquí está. Toma.

JUAN MANUEL Ya han venío los señores curas. Hemos encerrao las yeguas en ca el tío Narciso, que hay más andhuras; y s'han quedao en la cocina, pa dejarle a don Pedro que duerma un poco más.

MARTA Pues hay que llamarlo. Tráete ya el brasero, Lesmes. *(Mutis Marta y Lesmes.)*

JUAN MANUEL *(Poniéndose la faja.)* ¡Don Pedro!

ROBERT ¿Qué hay, Juan Manuel?

JUAN MANUEL ¿Se levanta usté ya?

ROBERT Sí; ya salgo.

JUAN MANUEL Una güena noticia, don Pedro. Hoy tenemos cabrito asao pa comer. Otra güena noticia: mi tía y la Mariana l'han hecho a usté tortas d'almendra. Otra güena noticia: está el día mú hermoso. ¡Hace un sol! *(Pausa.)* ¿No contesta usté ná?

ROBERT *(Saliendo.)* Estaba esperando que acabaras de dar buenas noticias. ¡Chico! ¿Qué majo te has puesto?

JUAN MANUEL ¡Aer! De fiesta. ¿Está usté mejor?

ROBERT Así, así.

JUAN MANUEL Tampoco ha dormío usté esta nochе, ¡órdigas! ¡Vaya unas ojeras y una cara e muerto!

ROBERT *(Ordenando los papeles de la mesa.)* No he dormido, no. Yo no sé qué es esto. Cuando me duelen los ojos a fuerza de leer me duermo un poco; y en seguida despierto y se acabó. Esta mañana he dormido algo.

JUAN MANUEL Pos está usté güeno pa pedricar, ¡leñe! Tome usté algo.

ROBERT Luego, cuando entra el día me reanimo.

LESMES *(Con el brasero.)* ¡Hombre, don Pedro! ¿Qué ánimos tié usté esta mañana?

ROBERT Buenos. ¿No me ve usté la cara?

LESMES Es verdad. Tié usté güena cara.

ROBERT La de los días de fiesta.

LESMES Y está usté contento, ¡leñe!

ROBERT En cuanto he visto el brasero. Este braserazo reanima a cualquiera. Media vida es la candela. *(Se calienta.)*

LESMES En cuanto se tome usté una rosquilla del santo y se eche usté un trago, ya no hay penas. ¿Se lo traigo? *(Coloca el brasero en la caja.)*

ROBERT Todavía no.

LESMES Es que yo quió cuidiarle a usté, porque está usté delicao. A ver si pa cuando venga su mamá está usté sano y de güen humor, como siempre.

ROBERT Yo creo que sí.

LESMES Hoy es día grande. Vamos a comer cabrito asao. ¡Y que va a estar malo! Hemos traído una botella de salsa de La Fragosa, y, ¡echa un tufillo...! ¡Pega unos blincos el estómago! Hoy esecha usté la malancolía. *(Mutis.)*

ROBERT ¡Pobre hombre! ¡Los cerotes que pasó cuando venían mal dadas, creyendo que el estar yo en su casa era su ruina! Y ahora no sabe qué hacerse conmigo.

JUAN MANUEL Eso les pasa a tóos. Voy a avisar a los señores curas.

ROBERT ¿Han venido ya?

JUAN MANUEL Ya están ahí don Julián, el de Altillejo; don Manuel, el de Cenizosos, y don Juan Miguel, el de Pradales. Don Zoilo, el del Covacho, icen que no viene dasta la tarde, porque tié entierro. Están en la lumbre en cá el Mayordomo Mayor.

ROBERT ¿Y qué hacen que no dan el primer toque? *(Mirando al reloj.)* Ya son las diez.

JUAN MANUEL No ha venío entoavía el señor Nicomedes.

ROBERT ¿Está de espera con el macho?

JUAN MANUEL ¡Aer! No pierde mañana.

ROBERT A ver si va a hacer alguna de las suyas. *(Mutis Juan Manuel.)* Voy a guardar esto, que estos curas son muy curiosos y luego me dan la lata. *(Mete unas cuartillas en el cajón de la mesa.)*

ESCENA TERCERA

ROBERT y DON NICASIO

NICASIO ¿Se puede?

ROBERT Adelante. *(Aparte.)* ¿Qué comisión traerá hoy este hombre?

NICASIO Buenos días.

ROBERT Buenos días.

NICASIO ¿Podemos hablar dos palabras?

ROBERT Sí, señor. Siéntese, si quiere. *(Se sientan los dos.)*

NICASIO ¿Quiere usted que tengamos una entrevista hoy en presencia de don Julián y de los otros compañeros de usted?

ROBERT Bueno.

NICASIO Comprenderá usted que esta situación no puede continuar.

ROBERT Yo, ya me voy acostumbrando.

NICASIO Vengo a brindarle, otra vez con la paz.

ROBERT Me extraña. Cualquiera diría que se le han acabado a usted las municiones de guerra.

NICASIO Ya sé que se dice eso; que me veo perdido y que

me arrastro. Piense usted lo que quiera; pero la verdad es que estoy harto de contiendas para regocijo de estos beduínos.

ROBERT ¿Beduínos? No los llamaba usté así cuando eran un rebaño manejado por usted.

NICASIO Beduínos eran antes y beduínos son ahora. Los conozco mejor que usted. Esos tan pronto vienen como van. Son del sol que más calienta. No se fíe usted mucho por si acaso.

ROBERT ¿Yo fiarme? No me haga usted reir, don Nicasio. ¡Estar dos años en este antro de falacias, de informalidades y de villanías, y no quedar escarmentado! Sería yo tonto de remate. Ya que se pierda el estómago de las continuas convulsiones del asco, hay que sacar, al menos, el provecho de alguna enseñanza.

NICASIO Ya ve usted cómo es tonto el que nosotros estemos así por ellos.

ROBERT Es que yo no los miro a ellos, don Nicasio. La caridad no es el amor al prójimo por el prójimo, sino el amor al prójimo por Dios. Por eso ellos podrían ir y venir, pero yo estaré siempre en mi puesto.

NICASIO ¿En la misma actitud de siempre? ¿Haciéndome a mí la guerra?

ROBERT Sin variar ni una línea, mientras no pierda el juicio.

NICASIO Entonces, ¿usted y yo no podremos ser amigos nunca?

ROBERT Eso, usted lo verá.

NICASIO Yo quiero la paz. Usted es el que por lo visto, no la quiere.

ROBERT Más que usted. Ese ha sido siempre mi fin.

NICASIO ¿Sí? ¿Y viene usted a revolucionar a un pueblo pacífico? No lo entiendo.

ROBERT ¡Un pueblo pacífico! Un pueblo moribundo querrá usted decir. ¿Qué paz es esa, de la inanición de las víctimas y los aullidos de triunfo de los verdugos? ¿Qué paz es esa? Mientras no impere

la justicia, ni habrá paz, ni yo cambiaré la actitud. Mi deber es antes que todo. Si es motivo ese para perseguirme, siga usted persiguiéndome.

NICASIO Yo creía que el deber del sacerdote era predicar el Evangelio en la Iglesia.

ROBERT En la Iglesia y fuera de ella. Jesucristo predicaba en la Sinagoga y en las calles y plazas. El Evangelio debe llegar a todas partes y ser el principio informativo de todas las actividades humanas. Entonces se acabarían las luchas, porque viviríamos como hermanos.

NICASIO Para eso habrá que empezar por predicar la unión, y no dividir los ánimos, que es lo que usted hace. Jesucristo, que es todo mansedumbre, no le mandará eso.

ROBERT ¿Jesucristo es todo mansedumbre? Lea usted el Evangelio, hombre. ¿Quién arrojó a latigazos a los mercaderes del templo? ¿Quién llamó víboras y sepulcros blanqueados a los fariseos? ¿Quién revolucionó el mundo entero predicando la verdadera democracia para acabar con los tiranos y romper las cadenas de la esclavitud? ¡Jesucristo todo mansedumbre! Claro que lo es y con extremos inefables de ternura y amor, pero es para los pecadores arrepentidos, para los pobres oprimidos, para las turbas hambrientas, que le arrancaban lágrimas de compasión, como a mí me las arrancan estos pobrecitos feligreses míos. ¡Ah, qué poco se conoce el Evangelio! ¡Qué lástima!

NICASIO Mire usted, don Pedro; concedo que usted no habrá querido perjudicarme directamente; pero el hecho es que usted me está haciendo un daño feroz. Acabemos de una vez, si usted quiere. Lo olvido todo. Usted tendrá lo que le he ofrecido otras veces y más si usted quiere; pero a condición de que no siga usted haciendo política a favor del conde de La Fragosa. Déjenos usted, y no se incline ni por uno ni por otro.

ROBERT — Yo no he hecho nunca política de esa. Mi política está por encima de esa de ustedes. De modo que si no es más que eso...

NICASIO — ¡Pero hombre, don Pedro! ¿Cree usted que soy tonto? El conde no tenía aquí tres votos, y ahora es suyo casi todo el pueblo. ¿A quién se debe eso? ¿Estamos ciegos o qué?

ROBERT — Eso ha venido sólo, sin que lo busque nadie. Usted recordará que apenas se le reclamaron a usted las coladas o veredas, se puso usted como una furia y emprendió una horrible campaña de represalias, con desahucios de inquilinos, expulsión de ganados, apremios a deudores, etc. El pueblo halló refugio en el conde, que, generosamente...

NICASIO — Dejemos eso, don Pedro, que no puedo conservar la serenidad hablando de eso. Si no hubiera mediado usted, ¿cuándo se hubiera puesto al hable el pueblo con ese hombre?

ROBERT — ¡Pero si aún no se han puesto al habla, señor mío! ¡Si está el contrato de pastos sin firmar, porque no se atreven estos valientes a ir al palacio, por si les hace usted pupa! Por eso decía que generosamente, porque ha cedido los pastos de la dehesa sin garantía y casi de balde.

NICASIO — Y, ¿a quién se debe eso, que es la base de su fuerza aquí? ¿Y aún dice usted que no hace política a favor suyo? ¿Cómo va a haber paz, hombre? ¿Cómo va a haber paz?

ROBERT — Unanse ustedes y procuren el bien general en un plano de justicia y habrá paz para todos.

NICASIO — ¡Ah, ya sabía yo la salida! Ya sé que para que haya paz se ha de salir con la suya ese hombre, como siempre. Está bien; que siga haciéndome la guerra y usted con él. Ya me han quitado ustedes doscientas fanegas de tierra en el pleito de las coladas. Me han quitado ciento cincuenta en el nuevo deslinde de Val de Animas. Ahora tienen ustedes el santo de frente. Quítenme la dehesa

entera si quieren. Aún no me muero de hambre.

ROBERT Don Nicasio; eso de que quiten o den los litigantes no se puede ya decir hoy. Hoy es el juzgado, aplicando la ley, el que da y quita. El juzgado de hoy no es, gracias a Dios, aquel abominable feudo de usted, prostituído para escarnio de la justicia.

NICASIO ¡Don Pedro! No me falte usted, que estamos en su casa. Usted, que me llama chulo a mí, dirá quién es el chulo ahora.

ROBERT Tal vez he aprendido algo de usted; pero siempre habrá la diferencia de que yo hablo cara a cara, y usted me ultraja a espaldas, cuando no me puedo defender.

NICASIO Lo que yo he dicho a espaldas se lo digo también en su cara. Usted ha venido a revolucionar a un pueblo pacífico.

ROBERT A un pueblo moribundo, que no es igual, le repito a usted.

NICASIO Usted ha indispuesto los ánimos del vecindario, exacerbando las pasiones.

ROBERT Y gracias a Dios que he llegado a tiempo; cuando aún había algunas brasas en las cenizas de este cementerio. Mire usted, don Nicasio: es inútil. Usted y yo no podremos entendernos nunca. Terminemos ya de una vez, y no intente usted más entrevistas.

NICASIO *(Levantándose.)* ¡Ah! Está bien. Adiós. *(Aparte.)* ¡Miserable!

ROBERT Adiós. *(Aparte.)* ¡Miserable!

ESCENA CUARTA

ROBERT y NICOMEDES; luego MARTA

NICOMEDES ¿Se puede?

ROBERT ¡Hombre, señor Nicomedes! Claro que se puede. Ya hace una hora que debía usted haber tocado.

NICOMEDES *(Con escopeta y jaula.)* He estao esperando un poco a que saliera mi amo don Nicasio. No he llegao a casa siquiera. Miusté cómo vengo de sofocao, por venir corriendo. Me he entretenío un poco, porque había a veinte pasos del puesto dos machos como dos becerros, cantar y cantar, y éste estaba recibiendo y...

ROBERT Sí; lo de de siempre. Esto es demasiado.

NICOMEDES Hay que agenciarse, don Pedro. Hágase usté el cargo. Si no se las busca uno, la sacristía ya sabe usted que no da pa comer.

ROBERT Pero la Iglesia es siempre lo último. Esto no puede seguir así.

NICOMEDES ¿Qué? ¿Se van a hacer amigos otra vez don Nicasio y usted?

ROBERT Váyase usted a tocar y no se entretenga más, que son las once.

NICOMEDES Voy escapao. Don Nicasio es un buen hombre en medio de tóo. Está indignao contra la gentuza enredaora que l'ha traído a usté cuentos de él y l'ha llevado a él cuentos de usté; y quiere echar pelillos a la mar.

ROBERT Bueno, deje usted eso para más despacio y vaya usted a tocar.

NICOMEDES Hágase usté amigo suyo, que no lo perderá usté. No sea usté tonto, don Pedro, que aunque yo sea un patán, en esta chimostra mía no hay virutas. Usté es antes que nadie. Déjese usted de monsergas, que esta gentuza le va a pagar a usté con patás. *(Al ver en Robert gesto de impaciencia.)* Si voy a escapé, hombre. Voy a escape. *(Mutis.)*

ROBERT ¡Dadme paciencia, Señor. ¡Qué suplicio éste!

MARTA *(Con un vaso de leche y una torta en un plato.)* Vaya unas horas de ir a tocar a la función. Hoy salemos a las dos de la tarde. Ese camandulón se burla de usté como s'ha burlao de tóos. A su amo don Nicasio sí que percura darle gusto.

ROBERT Y, ¿qué hago, señora Marta, qué hago?

MARTA ¡Bien abusa, porque sabe que si deja la sacris-

tía no hay quien la tome. ¿Qué tripa se le ha roto al otro tío cacique?

ROBERT Quiere que nos hagamos amigos.

MARTA No se fíe usté, que ese es como los gitanos; ni palabra mala ni obra güena. Tómese usté ésto.

ROBERT ¿Qué es esto? *(Por la torta)*

MARTA ¡Qué torpe! Torta d'almendra. Las ha hecho la Mariana.

ROBERT *(Comiendo.)* ¿Dónde está la Mariana?

MARTA Yo no sé si podrá venirse a ayudarme con la falta que me hace hoy.

ROBERT ¿Qué pasa?

MARTA Ya está mi cuñao como una cuba.

ROBERT ¿Y la ha maltratado?

MARTA No ha salío entoavía de la taberna. Está allí toa la mañana con Belorta.

ROBERT ¿No ha ido Belorta a La Fragosa?

MARTA Ha dicho que venía hoy su amo, don Nicasio, y que tenía que estar con él. Pa él es antes su amo que la vida de su hijastro.

ROBERT Pero, ¿y la carta?

MARTA La llevó Narcisillo, el cuñao de Vitoriano, si lo ha de ser.

ROBERT Me tiene preocupado la enfermedad de ese muchacho. Esas fiebres no ceden. A ver si dice hoy don Aurelio que le sigamos bañando o manda otra cosa.

MARTA ¡Pobre Vitoriano, tan güeno como es!

ROBERT Oiga usted, señora Marta; que se venga la Mariana aquí hoy. Que no se esté sola en su casa. ¿Lo oye usted?

MARTA Güeno. *(Sale Robert con un trozo de torta en la mano.)* Ya va a la cuadra a que cate la torta la mula y a hacerle arrumacos. ¡Qué hombre! *(Mirando a fuera.)* ¡Na, cabalito! A la cuadra derecho.

ESCENA QUINTA

MARTA, DON JULIAN, DON MANUEL, DON JUAN MIGUEL, JUAN MANUEL; luego ROBERT, DIEGUITO y LESMES; luego la MARIANA

JULIÁN — ¿Quién hay por aquí?

MANUEL — ¡Señora Marta!

MARTA — Alante lo güeno.

TODOS — Buenos días, ¿qué tal?

MARTA — Tan valiente, ¿y ustés? *(Repique de campanas.)*

J. MIGUEL — Ya tocan, hombre.

JULIÁN — ¡Gracias a Dios!

MANUEL — ¿Y don Pedro?

MARTA — Dándole a la mula que cate el esayuno.

JULIÁN — Tiene cosas de chico.

JUAN MANUEL — Ahora se está media hora haciéndole lagoterías a la mula.

MARTA — ¡Y que no le conoce la tuna! Cuantis le siente ya está relinchando; y luego se pone a golismearlo, como si lo quisiera besar.

JUAN MANUEL — ¡La quié más! Cuando vamos al palacio, siempre s'apea al prencipio de la cuesta, pa que suba la mula más a gusto. Yo le digo tonto. Y él me ice: "Cállate escudero". A mí me llama escudero fiel y legal y tóo lo que quiere. Es una risa.

MANUEL — Ya no ireis tanto al palacio.

JUAN MANUEL — Eso ice el señor conde, que a ver si ahura que ha sacao la tajá, se le va a olvidar el camino. ¡Le quién más allí a don Pedro! Cuantis que llegamos ya está tóo a resto. Y ellos venga hablar, y hablar, y hablar. ¡Si supiá esta gentuza lo que ha trabajao pa eso de los pastos!

JULIÁN — Como para los demás.

MANUEL — Y siempre él solo.

JUAN MANUEL — ¡Aer! Cuando tenía que dir anguna descomisión de vecinos a firmar u algo, lo dejaban siempre plantao, dimpués que él bien era pa ellos.

J. MIGUEL — Les podía hacer pupa don Nicasio.

JUAN MANUEL Eso icía don Vicente; que era pa dejarlos que los siguiá estrujando Retama. Y el conde viejo, como es tan campechao, icía: "¡Anda y que los zurzan!"—como ice Juan Manuel.— Pero este don Pedro, ¡tié una pacencia!

J. MIGUEL *(Buscando en la mesa.)* ¿Dónde tiene el tabaco este individuo?

MARTA Vi a ver si viene. *(Mutis.)*

J. MIGUEL *(Abriendo el cajón.)* Aquí está. Tome usted, don Julián. *(Le da el cuarterón.)* ¡Anda! También tiene aquí cuartillas. ¿Qué estará escribiendo ahora este chifladó? *(Leyendo.)* "En mi alma llevo un mundo de ilusiones—alentado por un mundo de esperanzas—y al mirarlo ya no veo los pedruscos del camino—ni los pinchos de las zarzas, que me hieren—ya no veo la pantera agazapada, que me acecha. Ya no veo..."

MANUEL Que le veo.

JUAN MANUEL No señor. Dice "ya no veo".

MANUEL Si es que viene. Guarda eso. *(Poniéndose en la puerta.)* ¡Vamos, hombre! ¿Vienes de piensar a Rocinante? Piénsalo bien, que te importa; y mide, con las ilusiones, tus fuerzas y las de él y las de la mohosa armadura.

ROBERT *(Entrando.)* ¡Ya me la están armando! ¿Qué haces tú ahí, metijón? ¡Fuera de ahí! *(Coge de un brazo a don Juan Miguel y tira de él. Luego le coge de los dos brazos con ambas manos y le zarandea.)*

J. MIGUEL. ¡Oye; estate quieto! No he leído más que ésto: "El cura de Aldehuela se pasa la vida soñando en las alturas, y recibiendo zarpazos de abajo".

ROBERT ¿Nada más que eso? Pues has podido leer esto también: "El cura de Pradales, ha escarmentado, cuando tiene las costillas molidas como cibera". ¿No te acuerdas ya de lo tuyo? ¿Dí? *(Le suelta.)*

J. MIGUEL Sí, que tiene fuerza todavía; y le tenemos lástima.

ROBERT ¿Qué tal, don Julián? ¿Cómo va ese estómago?

JULIÁN ¡Figúrate! Estos, para alivio de mis males, se

han estado atracando de rosquillas del Santo, en la cocina de Narciso, delante de mí.

ROBERT Eso es una crueldad.

JULIÁN Y tu sacristán es un sinvergüenza.

ROBERT Anda, Juan Manuel, que den otro toque. *(Mutis Juan Manuel.)*

JULIÁN ¿Qué hora has señalado para la "interviú" con mi feligrés, con Nicasio Retama?

ROBERT Ya la hemos tenido.

JULIÁN Hemos venido juntos desde Altillejo. El quería que hubiéramos estado nosotros de amigables componedores.

ROBERT Pues ya está todo compuesto.

JULIÁN Me lo figuraba que salíais como siempre.

MANUEL Con lo que no transige es con que seas amigo del conde de La Fragosa.

JULIÁN Está acobardado. Dice que te has llevado a toda la gente al partido del conde. Que no le quedan aquí más que Nicomedes y Belorta.

J. MIGUEL Hasta los escarceos amorosos le salen mal.

ROBERT ¡Bellitre!

J. MIGUEL ¿Sigue acosando a la Mariana del Rojo?

ROBERT Algo gordo va a pasar el mejor día. Como le deben, va con pretexto de cobrar y...

MANUEL ¿Por qué no le pagan de una vez y lo largan con viento fresco?

ROBERT No quiere vender nada el tío borracho ese; y cuando acuerde se va a quedar en la calle.

JULIÁN Como les ha pasado a la mitad de los vecinos de la comarca. ¡Menuda sanguijuela es arrastrando réditos!

ROBERT Pues aquí estamos todos vigilando siempre, para defender a esa pobre muchacha, y evitar que Juan Manuel haga alguna barbaridad.

J. MIGUEL La verdad es que no sé cómo aguanta tanto Juan Manuel, con las pulgas que tiene.

ROBERT Porque le estamos friendo siempre su tía y yo; y porque la Mariana no le dice la mitad de lo que pasa.

JULIÁN — Dice que está imposible de arisca la Mariana desde que la has separado de la Isidora de Belorta, y le has hecho que se junte con la monja de la Elvira; y que te tomas demasiado interés por esa linda ovejita de tu rebaño.

ROBERT — Lo que tiene él que hacer es echar por otro camino; por si a Juan Manuel se le olvida que los Retamas son de la privilegiada dinastía de las Taikunes y le echa un día las manos al cuello. *(Repique de campanas.)*

DIEGO — *(Con dos manojos de violetas.)* Tome usted señor cura.

ROBERT — ¡Hombre, Dieguito, muy bien!

DIEGO — Este lo ha traído mi Pedrín de ande están las cabras; y éste lo he cogío yo.

ROBERT — ¿A quién se las ponemos? ¿A quién quieres tú que se las pongamos?

DIEGO — ¿Yo? A la Virgen.

ROBERT — *(Sacando estampas del cajón de la mesa.)* Bueno hombre, toma; ésta para tu Pedrín, y ésta para ti; y esto *(Besándole.)* para ti también.

DIEGO — ¡Gracias! *(Sale corriendo.)*

ROBERT — *(Afectado.)* Así es mi Pepito. ¡Pobrecitos mis niños!

JULIÁN — Ya los vas a tener aquí, hombre. Ya descansarás.

ROBERT — Sí. "Alea jacta est". Ya no tiene remedio.

MANUEL — ¡Anda! ¡Esta si que es buena! Estás penando porque no los tienes contigo, y ahora vas a penar porque los vas a tener.

ROBERT — Como que todo lo veo malo.

JULIÁN — Pues viviréis como todos vivimos; unas veces con faltas y otras...

J. MIGUEL — También.

ROBERT — Si por mi madre y mis hermanas no me preocupo. Saben ya de todo. Fuimos ricos y ahora somos pobres. Ellas no tienen vanidad, y serán felices sólo con estar a mi lado; pero esos dos niños en Aldehuela... ¡Dios mío!

MANUEL — Cuando se case tu hermana con el doctor Valles, se los lleva a Madrid y ya está. ¡Si todos los huérfanos tuvieran un protector como Valles!

ROBERT — Sea lo que Dios quiera.

LESMES — *(Entrando.)* ¡¡Don Pedro! Que me enterao de que le va a dar a usté Don Nicasio mucho dinero pa que se haga usté de su partío. A ver si nus la va usté a armar y dejarnos colgaos.

ROBERT — ¡Sea lo que Dios quiera!

J. MIGUEL — *(Le alza el pie y le mira la suela.)* ¡Bah! No tiene herraduras. Menos mal.

LESMES — Es que hay que ponerse en too, que ese tío...

ROBERT — A los hombrecillos de Aldehuela sí los compraba él si le valieran para algo, tío Lesmes. Y le quedaban las arcas llenas; pero para comprarme a mí no tiene dinero bastante. Esté usted tranquilo.

LESMES — Así me gusta ¡conche! Los hombres valientes.

JULIÁN — ¿Hay buena lumbre en la cocina, tío Lesmes?

LESMES — ¡Que si hay güena lumbre! Echa bombas.

JULIÁN — Vámonos allí a echar un cigarro, mientras viene la música y el Ontamiento a por nosotros.

ROBERT — No, ¡por Dios!, don Julián. No pase usted a la cocina. Todos menos usted. Que lo diga el tío Lesmes.

LESMES — ¿Qué?

ROBERT — Que si puede entrar don Julián en la cocina, estando en ayunas, a estas horas.

LESMES — ¡¡Ah! De ninguna manera, "periculo mortis". Y como estapara la cazuela del asao, "*requitimpace*". *(Todos ríen.)*

ROBERT — ¿Lo ve usted? *(Se oye la música y cohetes.)*

JULIÁN — Ya viene la música. ¡Vamos!

TODOS — *(Se levantan.)* Vamos.

ROBERT — *(A la Mariana que entra.)* ¡Mariana!

MARIANA — ¡¡Don Pedro! ¿¡Está usted mejor?

ROBERT — Sí.

MARIANA — Y ustedes, ¿qué tal?

MANUEL — Bien... Y tu padre, ¿dónde está?

MARIANA — En la taberna. ¿Dónde va a estar? Ya lo he dejao por imposible.

J. MIGUEL — Hasta que se caiga y lo tengan que llevar a tu casa como un fardo.

MARIANA — ¡Lo que es a casa! ¡Me he traído la llave! No me iba a estar allí esperando toa la mañana teniendo que ayudar a mi tía.

MANUEL — Y expuesta al solfeo, ¿verdad? *(Ademán de pegar.)*

MARIANA — Eso es cuando está *asomatus* o *turulatus*, como dice don Pedro; pero hoy no hay caso, porque va a salir *aplanatus. (Todos ríen.)*

LESMES — Sí, pa el arrastre. *(Ríen más.)*

MARIANA — Lo tomaremos a risa, por no llorar.

ROBERT — ¡Pobrecita! En cuanto salga de quintas Juan Manuel, os casáis para que te ayude a llevar la cruz, que para ti es muy pesada. ¿Quién hay en la taberna?

MARIANA — Belorta y los de siempre. Ahora ha entrao don Nicasio y ha empezao a repartir rondas pa tóos; y cuando he dicho que no le dieran más vino a mi padre, ha empezao con guasas y sinvergüencerías, y tóos a reirse; y me he venío. Ahora ha ido Juan Manuel a ver si pué arrancarlo.

JULIÁN — Vamos, que está esperando el Ontamiento.

MARIANA — Que tenga usté güena mano pa el sermón.

ROBERT — Gracias, mujer. *(Mutis todos menos Mariana.)*

ESCENA SEXTA

MARIANA, MARTA y LESMES; luego JUAN MANUEL

MARIANA — ¡Qué hombre éste don Pedro! ¿Quién penará que no pene él también? De tóo le da lástima.

MARTA — *(Entrando con Lesmes.)* Cuando arregles ésto, haces la cama de don Pedro y cueces los huevos pa la sopa. *(Lesmes va al arca y saca una capa y se la pone. Se oyen campanadas.)* ¡La señal! Vamos a escape, Lesmes, que va a empezar la misa. *(Mutis Marta y Lesmes.)*

MARIANA ¡Estoy con el alma en un hilo. Esos tíos canallas son nuestra perdición. ¡Qué afán de emborrachar a mi padre pa llevarlo luego a mi casa! ¿Se pensarán que no conozco las intenciones? ¿Qué s'habrá figurao el tío sinvergüenza ese? Me estoy repudriendo porque no se pierda Juan Manuel, y al fin va a estallar la bomba el mejor día. ¡Ay, Dios mío!

JUAN MANUEL *(Entrando y dejando la llave sobre la mesa.)* ¡Anda y que lo zurzan al tío borracho ese!

MARIANA ¿No lo pués arrancar?

JUAN MANUEL ¡Sí, arrancar! ¡Anda que está güeno ya!

MARIANA Pos déjalo. Si se cae y se mata, acabamos. ¡Dios me perdone!

JUAN MANUEL Me he venío por no matar a uno. ¡Huy, qué veneno tengo por drento! No pué acabar la fiesta en paz, Mariana. No pué ser.

MARIANA Que no seas bestia, Juan Manuel, ¡por Dios! No busques una perdición. ¿Lo oyes? Mira a don Pedro y a la tía.

JUAN MANUEL Aunque se pongan en cruz, no pué ser aguantar ya tanto. Tóo son chilindrinas y guasas y burlesca. ¡Maldita sea mi suerte!

MARIANA ¡Mírame a mí, Juan Manuel, por Dios! Eso quisián algunos; verte perdío pa siempre.

JUAN MANUEL ¡Pos si no te mirara a ti, Mariana! ¡Si no te quisiá yo como te quiero! ¿Quién me sujetaba a mí ya? Me toman por cobarde. ¡Maldita sea mi suerte! ¡Huy qué veneno, Dios! *(Se retuerce las manos y llora.)*

MARIANA Anda, veste y estáte a la mira. Pero a ver lo que haces, Juan Manuel, ¡por Dios!

JUAN MANUEL Voy al sermón y me salgo en seguía pa estar a la mira. *(Mutis.)*

MARIANA ¡Dios ponga su mano. ¡Dios mío, Dios mío! Estoy algo tranquila; porque don Pedro no pierde de vista a Juan Manuel estando el tío ese aquí. ¿Cuándo acabaremos de sufrir, Dios mío? Si me callo y sujetamos a Juan Manuel, ese tío

toma más alas y se sofoca más; y si le cuento a Juan Manuel tóo lo que pasa, ya tenemos la perdición. ¿Pa qué no venderá este hombre algo pa pagarle a ese tío y que no pise más mi casa. Esto ya no se pué sufrir. ¡Ah! Pero hoy se lleva chasco. Se pensarían que me iba yo a estar allí esperando que llevaran a mi padre pa acostarlo. Anda y que la duerma en un muladar. Voy a hacer la cama de don Pedro. *(Mutis por el foro.)*

ESCENA SÉPTIMA

BELORTA, EL ROJO, LA MARIANA, DON NICASIO; luego UN MUCHACHO, JUAN MANUEL, ROBERT, MARTA Y LESMES

BELORTA — *(Asoma trayendo al Rojo del brazo. Después de mirar con recelo a todas partes.)* ¡Mariana! *(Pausa. Más fuerte.)* ¡¡Mariana!!

MARIANA — *(Desde dentro.)* ¿Quién

BELORTA — *(A don Nicasio que está detrás.)* Sí, está.

NICASIO — Pasa.

BELORTA — *(Al Rojo, borracho.)* ¡Hala, pa alante, que te pesa un quintal ca pata!

ROJO — ¡Ji, ji, ji! ¡El Mellao! ¡Vaya un tío! ¡No echar la ronda! ¡Ah, que no la ha echao es viejo! ¿Qué ices tú a eso, Belorta? ¡Ji, ji, ji! ¡Vaya un tío!

MARIANA — *(Asomando.)* ¿Ande va usted, arrastrao?

ROJO — ¿Eh? ¿Qué ices tú mo... mocosa? Ven aquí que te escuello. ¡Está güeno! ¡Anda, anda! Dile al Mellao que eche la ronda, que ya vamos. ¿Verdad, Belorta? Danos un trago. ¿Qué hices tú, Belorta? ¿Eres amigo u no?

MARIANA — *(Muy asustada al ver asomar a don Nicasio.)* ¿Ande van ustés? ¡A la calle! A la calle tóo el mundo.

NICASIO — *(Tapando la puerta.)* ¿Después que venimos a traer a tu padre, prenda? No te enfades, que te pones más guapa y no voy a poder contenerme.

MARIANA ¡Fuera, fuera de aquí! ¡Padre, padre!

NICASIO Desde que te has hecho santa te quiero más. Me has embrujao. Tengo celos del cura, y voy a salir loco. Dame un beso y pídeme la sangre de mis venas

MARIANA ¡Déjeme usted salir, padre, padre! ¡Yo quiero irme de aquí! ¡Que me dejen salir.
(El Rojo ríe y repite retazos de las palabras que ha dicho, a discreción del actor.)

NICASIO No escandalices, Mariana, que es peor. Os perdono la deuda y te doy lo que quieras por un beso. *(Saca la cartera.)* Toma lo que tú quieras. Atiende a razones. Yo no puedo vivir sin ti. Deja a Juan Manuel. ¿Qué vida te espera con él?

MARIANA ¡Ay, Dios mío! ¡Virgen santísima!

NICASIO ¡Mariana! Mira que te hablo con calma, porque quiero las cosas por las buenas. No acabes mi paciencia.

MARIANA Quítese usté de ahí, que salga, tío ladrón. ¡Padre, padre!

NICASIO Si es inútil. Ya ves cómo está.

MARIANA ¡Madre, madre mía! Te has muerto y no puedes venir a ampararme. ¡Ay, Dios mío!

NICASIO No grites, que no te oirá nadie. Está toda la gente en la iglesia. Juan Manuel también.

MARIANA ¡Ay, Dios mío! ¡Ampárame, Dios mío!

NICASIO Juan José, ponte aquí en la puerta. *(Belorta suelta al Rojo que cae redondo y no se puede levantar. Don Nicasio deja a Belorta en la puerta y se adelanta hacia Mariana con un puñado de billetes en la mano.)* Toma, Mariana, y dame un beso; nada más que un beso. Te daré mi fortuna entera. *(Mariana da un puñetazo a los billetes, que caen al suelo.)*

MARIANA Pa usté sus billetes sarnosos, tío ladrón.

NICASIO ¡Ah! ¿Quieres el escándalo? Pues sea. *(Se arroja sobre ella y la coge.)*

MARIANA ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Suélteme usté, tío ladrón! ¡Padre, padre! ¡Socorro! *(Forcejea por desasirse. Don Nicasio le tapa la boca.)*

NICASIO Ya llevo un año detrás de ti. Ya vendrás tú detrás de mí. *(La arrastra hacia la alcoba.)* ¡Juan José! Si viene Juan Manuel lo dejas atravesao de un balazo. Apunta bien y no tengas miedo. Yo te sacaré a flote.

MARIANA ¡Madre mía de los desamparados! ¡Virgen bendita, ampárame!

NICASIO ¡No te ampara nadie; tú tienes la culpa, que me has vuelto loco!

MARIANA ¡Jesús mío crucificado, ten piedad de mí!

MUCHACHO *(Con un ramo de violetas.)* Dón Pedro, tome usté. *(Don Nicasio espantado, al oir la voz, retrocede soltando a la Mariana.)*

NICASIO *(Al ver al muchacho.)* ¡Ah, maldición! ¿Qué pintas tú ahí *(A Belorta.)* papanatas?

MARIANA *(Al muchacho que está espantado y a punto de llorar.)* Ven, querido mío. Trae el ramo y toma estampas. *(El niño se adelanta y la Mariana lo abraza y lo besa. Saca estampas del cajón de la mesa.)* ¡Toma, rico mío, angel del cielo! Vamos a poner el ramo a la Virgen. *(Va a salir con el niño de la mano.)*

NICASIO ¡Ah, maldición! No sales, no. *(Cogiéndola de un brazo.)* ¿A dónde quieres ir? ¿A armar escándalo? Te mato antes.

MARIANA ¡Máteme usted, si quiere, tío ladrón, cobarde, criminal! *(El niño empieza a llorar.)*

NICASIO ¡Ah! ¡Maldita sea mi suerte! *(A Belorta.)* Tú tienes la culpa de todo, ¡papanatas! ¡babieca! Llévate a este mocoso que escandalice en la calle. *(Belorta tira del niño, que llora ya a gritos. La Mariana se resiste a soltarlo. Al fn lo arranca Belorta de los brazos de la Mariana y sale con él.)*

MARIANA ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Padre!

NICASIO Calla ya, que no tengo paciencia para oirte. *(Va hacia ella, que retrocede hasta lateral izquierda.*

Allí la coge y le tapa la boca.) ¡Te vas a empeñar en que te mate! ¡Oh! ¡Maldición! ¡Estoy desesperado! *(Vuelve a entrar Belorta.)*

BELORTA Ya viene gente por la calle.

MARIANA ¡Favor! ¡Auxilio! ¡Auxilio!

JUAN MANUEL *(Entrando.)* ¿Qué pasa aquí? ¿Qué es esto?

MARIANA ¡Juan Manuel! ¡Dios mío!

NICASIO ¡Mátale, papanatas! ¿Qué haces ahí?
(Belorta saca una pistola de entre la faja. Juan Manuel se arroja a él, le arrebata la pistola.)

JUAN MANUEL Eres poco pa mí, ¡ladrón!
(Luchando van al lateral derecha. Allí, medio ocultos entre el bastidor, alza la pistola Juan Manuel y la dirige a Belorta. Suena un tiro y cae Belorta en forma que vea el público las extremidades inferiores. Mientras tanto el Rojo sigue riendo y repitiendo a retazos sus frases. La Mariana sigue forcejeando por desasirse de don Nicasio y gritando. Juan Manuel tira la pistola y se palpa el pecho.)

NICASIO *(Al ver caer a Belorta.)* ¡Maldición! ¡Belorta muerto! *(Suelta a la Mariana y va hacia la puerta.)*

JUAN MANUEL ¿Ande vas tú, valiente? *(Se arroja sobre él y luchando van a enmedio de la escena.)* Ya has acabao de hacer pillás, ¡chulo! ¡ladrón! Me vi a beber tu sangre perra de ladrón que tienes.
(Cae don Nicasio debajo y Juan Manuel le sujeta cogiéndole el cuello.)

NICASIO ¡Juan Manuel, que me ahogas! ¡Por Dios, Juan Manuel!

JUAN MANUEL Ya has acabao. Me vi a dormir bebiéndome tu sangre.

NICASIO ¡Suéltame, Juan Manuel! ¡Me ahogo!

JUAN MANUEL ¡Cuando me se enfríen las manos te soltaré, ladrón. ¡Ya has acabao!

ROBERT ¡Ah! ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Qué pasa aquí?

MARIANA ¡Qué perdición, don Pedro! ¡Ay, Dios mío!

ROBERT ¿Qué haces, Juan Manuel? Suelta a ese hombre.

NICASIO ¡Sálveme usted, don Pedro. Me ahogo.

ROBERT ¡Suéltale, Juan Manuel! Te lo mando.

JUAN MANUEL ¡Ahora no l'obedezco, don Pedro. Lo tengo que matar, pa que no me mate a mí el veneno que tengo en la sangre.

ROBERT He dicho que le sueltes. ¿Lo has oído? *(Cogiéndole de ambos brazos.)*

JUAN MANUEL Perdóneme usté, don Pedro; pero tengo que esfogar pa no morirme yo.

ROBERT ¡¡¡Juan Manuel!!!

MARIANA ¡¡¡Juan Manuel!!!! Que es Pedro el que te lo manda.

JUAN MANUEL *(Soltando a don Nicasio.)* ¡Maldita sea mi suerte! Me mata este veneno que tengo en la sangre. *(Se retuerce las manos y llora en ademanes de gran desesperación.)* ¡¡¡Ah!!! ¡¡¡Maldita sea!!!

MARTA *(Entrando.)* ¿Qué es esto? ¡Ay, Dios mío! ¿Qué pasa aquí? *(Mirando a Belorta.)* ¡Jesús! ¡Belorta muerto! *(Mirando a don Nicasio.)* ¿Qué has hecho, Juan Manuel?

LESMES ¿Qué es esto? ¿Qué ha ocurrío en mi casa?

ROBERT La mitad de lo que podía haber ocurrido; porque he llegado a tiempo. Piense usted ahora, don Nicasio, quién es el revolucionario, y quién el pacífico. Piense usted si es bueno que el Evangelio salga de la iglesia. Piense si el pastor debe dejarse las noventa y nueve ovejas en el redil para correr en defensa de la ovejita que quiere atrapar el lobo carnicero.

LESMES *(Mirando a Belorta.)* Pero, ¿qué es esto? ¡Belorta muerto? ¿Qué has hecho, Juan Manuel? ¡Nus has perdío! ¡Ya sabía yo que tú eras la perdición de mi casa! ¡Tú eres un bestia!

JUAN MANUEL ¿Un bestia? Cállese usté, si puede. ¡Que soy un bestia! ¡Pero hombre! Déjelo usté; que ya lo dirá usté con más motivos.

ROBERT ¡¡¡Juan Manuel!!!

LESMES A éste le importa poco tóo, porque no tié na que perder. Podías haber buscao otro sitio y no mi

casa, pa hacer la barbaridá. Ya m'has dejao en una estera. Ya m'has perdío pa siempre. ¡Largo de mi casa ahura mesmo! ¡Largo de aquí!

ROBERT — ¡Cállese usted, tío Lesmes. Quieto aquí Juan Manuel. No hay ley que castigue lo que has hecho tú.

LESMES — Ya vendrán los testigos falsos y tóo lo que haga falta, pa poner las cosas como quieran. Este bestia nus ha perdío. M'ha dao un güelco el corazón cuando s'ha salío de la iglesia.

ROBERT — ¿Quiere usted callar, hombre?

MARIANA — ¡Ampárenos usté, don Pedro; por el amor de Dios! No nos deje usté de su mano. ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Dios mío!

ROBERT — ¡Pues no he de ampararos, pobrecita! A costa de mi vida si es preciso. Para un hidalgo, tú, pobrecita, huérfana, menesterosa, eres antes que todo. Y para Cristo, vale tu alma lo que vale su sangre, que fué su precio. Desecha tú la pena, ¡pobrecita! Ya pueden conjurarse todos los elementos contra vosotros dos, que sois las niñas de mis ojos; las margaritas preciosas que he hallado entre las escorias de un muladar. Os juro como sacerdote y como caballero que os defenderé contra todos. Yo no temo a nadie más que a Dios. *(Se oyen tres campanadas pausadas.)*

ROJO — *(Incorporándose y poniéndose de rodillas, se descubre y se santigua.)* Tocan a alzar.

ROBERT — ¡Es verdad. Tocan a alzar. *(Las mujeres se ponen de rodillas y se santiguan. Los hombres se descubren.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Habitación sencilla con buenos muebles de comedor. Puerta lateral derecha, ventana en lateral izquierda. Junto a la ventana, sofá y sillas bajas de costura.

ESCENA PRIMERA

ROBERT y JUAN MANUEL

JUAN MANUEL — Yo no le amenacé; es que le dí un pechugón así y una miaja e tortazo.

ROBERT — Es que eres muy bruto, Juan Manuel. No sales de una y te vas a meter en otra. No se puede contigo.

JUAN MANUEL — Usté sí que se pasa de güeno. Nuestro Señor no manda tanta tontería. *(Gesto de rectificación.)*

ROBERT — Bueno, que me dejes de sobresaltos, ¿lo oyes?

JUAN MANUEL — Pos que no pise la señorita Leonor en cá la bruja. El tío chulo ese la está acechando siempre en la plazuela; y la señorita es sagrá. Si él s'ha figurao que tóo el cerro es orégano, vi a ver yo si hay guapos en Aldehuela, ¡órdigas!

ROBERT — ¡Y dale! Pero, ¿qué pasa porque les eche piropos a mis hermanas?

JUAN MANUEL — Que se los eche a su madre. Además, fegúrese usté que un día se cuela detrás de la señorita en cá la bruja. ¡Menudo sofoco!

ROBERT ¿Al medio día y habiendo gente en la plazuela se va a colar él detrás de mi hermana?

JUAN MANUEL Al medio día era cuando la Mariana. ¿No sabe usté lo bestia que es y las alas que está tomando otra vez A ese le corto yo el revesino. ¡Místelas!

ROBERT ¡Juan Manuel!

JUAN MANUEL Misté cómo a la Mariana no la ha güelto a icir ni ésto. ¡Si no hay mejor cosa! Está visto.

ROBERT Pues no me busques más líos, que estoy harto.

JUAN MANUEL No; si yo con decírselo tóo al señorito Luis cuantis llegue esta tarde, está ventilao. ¡Si él está conforme! ¿A que no está conforme? ¡Ese es de los míos! ¡Vaya un tío! Ese no se deja aparejar como usté. *(Gesto de rectificación.)* La verdá es que suelto cá pardallá... No m'afino ni en groma.

ROBERT Las alas que te da el señorito Luis, te faltaban a ti.

JUAN MANUEL ¡Ah! ¡Es un tío! ¿S'alcuerda usté lo que me icía cuando me trujo la pistola y me enseñaba a tirar con ella?

ROBERT Sí, hombre, sí; era lo que te faltaba.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS, DOÑA JULIA, LEONOR, LUISITA (con costura y café); luego NICOMEDES y VICTORIANO

JULIA *(Poniendo el café sobre el velador.)* ¡Leonor! tráete el azúcar y la botella del coñac.

JUAN MANUEL ¿Pa qué me trae usté a mí café? Yo, un vaso de vino.

ROBERT Tú, ¿qué sabes? Trae dos copas, Leonor.

JUAN MANUEL No; lo que es coñada yo no tomo. Me se sube a la cabeza. Coñada, ¿eh? Ya me voy afinando.

ROBERT No hagas caso, Leonor. Trae dos copas. *(Leonor sirve el azúcar y la botella.)* Toma. *(Le da tabaco.)* Vamos a celebrar nuestro triunfo. Por poco si te lían, Juan Manuel.

JUAN MANUEL Si me los hubiá cargao a los dos aquel día, pué que no se hubiá enredao tanto la cosa. Si entiendo de pistolas, cuando usté llegó no les alcanza ni el Santolio. Debía uno saber de cá cosa un poco y no ser tan zopenco, ¡órdigas!

ROBERT Eso es verdad. Si coges la pistola por los cañones en vez de cogerla por el puño, te matas tú mismo al darle con ella a Belorta en la cabeza.

JUAN MANUEL Como que me quedé helao al sentir el tiro. Yo creí que había tirao a mí don Nicasio por las espaldas.

ROBERT Pues el porrazo que le diste a Belorta fué tremendo. Yo creí que no volvía en sí.

JULIA Pues ya que no fué nada aquello, déjate ya de belenes, hijo mío. *(A Juan Manuel.)*

ROBERT El lo verá. A otra vez se defiende él solo en el Juzgado.

LUISA Te ponen bueno a ti, Pedro, según dice Antonia. Dicen que has sobornado a los testigos; y que compraste al Juzgado de La Fragosa.

ROBERT Pues también le zurrirán los oídos a Luis y a don Luciano, y al señor conde. También dicen de ellos lo suyo.

LEONOR Como que entre todos habéis torcido la vara de la Justicia, para sacar libre a un criminal como Juan Manuel. *(Robert sacude la ceniza del cigarro sobre la costura de Leonor. Esta le pellizca en el brazo.)* ¡Toma, payaso! Ya empiezas.

ROBERT ¡Ay!

JULIA Tened formalidad.

ROBERT *(Echa el humo en la cara de Leonor.)*

LEONOR ¡Puf! ¡Qué asco! ¡Mamá, que se esté quieto!

JULIA Pedro, déjala, si puedes.

ROBERT Aún me duele el pellizco.

LEONOR ¿Te va a durar mucho?

ROBERT Un ratillo. *(Se levanta Leonor y se retira con la silla. Robert alarga un poco la mano y echa la ceniza sobre Luisilla.)*

LUISA — *(Le da un manotazo y le tira la lumbre del cigarro.)* Toma, payaso. Tomasín se queda en mantillas.

JULIA — Lo mejor será que te retires tú también y dejéis a este revolucionario. *(Al encender de nuevo el cigarro Robert, Luisita sopla y le apaga la cerilla.)*

ROBERT — Y ahora, ¿quién es, mamá? A ver si tenéis formalidad. Estas chiquillas son imposibles. Mira, monina. *(A Luisita.)* Te vas a traer unas pastas. Hoy somos ricos, Juan Manuel. *(Mutis Luisita.)*

JUAN MANUEL — Déjese usté de pastas ni ná. Siempre está usté con los daos. ¿Qué le doy yo a usté?

ROBERT — ¡Cállate, escudero. Hoy somos ricos. Nos va a traer el señor Nicomedes trescientas pesetas.

JUAN MANUEL — ¿De qué?

ROBERT — De un giro. Ayer tuvimos el aviso. Hemos vendido la casa de Almenares y después de equipar a mi hermana y pagar las deudas, nos sobran aún trescientas pesetas. Somos ricos.

NICOMEDES — ¿Se puede?

ROBERT — ¡Adelante! ¿Lo ves? *(Entra Nicomedes con cartas y periódicos.)*

NICOMEDES — Buenas tardes. ¿Qué tal marchamos, doña Julia, de esas jaquecas?

JULIA — Hoy estoy bien. Muchas gracias.

ROBERT — Tome usted una copa, señor Nicomedes. ¿Quiere usted café?

NICOMEDES — No, gracias. La copa ná más. Voy en seguía a acabar de repartir. *(Toma la copa.)* ¿Viene esta tarde el señorito Luis?

JULIA — Esta tarde le esperamos.

NICOMEDES — Sí; he visto a Narciso cuando iba a por él a La Fragosa, y me lo ha dicho. ¿Va a estarse muchos días?

LEONOR — ¡Quiá! Se marcha mañana, según dice la carta. El primer ayudante de la clínica está en su pueblo a la boda de un hermano.

NICOMEDES — Ya será pronto la de ustés.

JULIA Para el mes que viene, si Dios quiere.

NICOMEDES *(Suelta sobre el velador periódicos e impresos.)* Ná más que ésto; y el giro. ¡Hasta luego!

TODOS ¡Adiós! *(Mutis.)*

ROBERT *(Viendo a Luisita que entra con las pastas)* Anda, toma una pasta y otra copa.

JUAN MANUEL *(Coge una pasta.)* Copas no, que ya me s'anda la cabeza. Voy a por unas coles pa los corderos, y a ver si viene el señorito Luis.

LEONOR ¿Vas a los huertos del camino de La Fragosa?

JUAN MANUEL Sí. ¿Ande están los niños?

JULIA ¿Te lo llevas? En la huerta están jugando.

LUISA A ver si se van a caer de la mula.

JUAN MANUEL ¡Sí, caerse! Se agarran como condenaos. M'ha dicho mi tío Lesmes que me los lleve por casa pa darles nueces. ¡Los quié más!

ROBERT ¡Pobrecillo! Es un infeliz en medio de todo.

JUAN MANUEL Lo que es, es un trasto. Si no fuá por mi tía que es la que manda... Voy a por ese par de golfos. ¡Menuda tarde se van a pasar! ¡Hasta luego! *(Mutis.)*

JULIA Adiós. No los dejes solos.

TODOS Adiós.

ROBERT *(Se sienta en el sofá y lee el periódico.)* Pues, señor, esto es un pueblucho infame; pero almas como las de estos muchachos no las he visto más que aquí.

JULIA El pueblo, en general, es muy bueno, y a ti te quieren mucho, Pedro. Yo, en ganando aquí para comer...

ROBERT Eso; en ganando para comer...

JULIA ¿No ganarás lo suficiente?

ROBERT *(Riendo.)* Aproximadamente la mitad.

JULIA Bueno, Pedro. Tú te crees humillado por estar aquí. Don Luis te lo conoció en seguida.

LEONOR Y Luis también.

ROBERT Pues se equivocaron. Si estoy bien en cualquier parte. Con meditar un poco ya está: "Jesús, nuestro divino maestro, en la obscuridad de su vida

oculta; en Nazaret, trabajando en un taller de carpintero". ¡Oh, madre mía! ¿Qué más necesita un sacerdote para resignarse y abrazar su cruz? Pero eso no es bastante mientras haya lazos orgánicos, que nos unan a esta vida, que hay que vivirla por grosera que sea. Santo Tomás preconiza como indispensable un mínimum de felicidad material para hacer el bien. ¿Dónde está ese mínimum para el noventa por ciento de nosotros? ¡Ah! Tal vez sea de poco más o menos la labor educadora, cultural y patriótica del sacerdote en los pueblos, y sean chicas sus penalidades, para que encima se le deje morir re hambre! ¡Bah! ¡Bah! No quiero pensar en esto, que me pongo de mal humor y no me conviene.

LEONOR — No te afectes, Pedro. Ya sabes lo que te dijo Luis.

ROBERT — Vamos a esperarle dando un paseo.

LEONOR Y LUISA — Vamos. *(Se ponen de pie.)*

ROBERT — Vente tú también, mamá.

JULIA — Voy a decir a la muchacha que se salga aquí. Ya habrá fregado.

ROBERT — Sí, que se salga aquí por si viene alguien, que allá en la cocina no se entera. *(Mutis doña Julia.)*

LEONOR — ¡En cuanto te disgustas te pones verdino. Tienes que sobreponerte a todo, Pedro. Ya sabes que te dijo Luis que tú sólo puedes curarte o puedes matarte. Mamá está asustada. Nos tienes con el corazón en un puño.

LUISA — ¡El caso es que cuando está contento parece otro.

ROBERT — Ya me curaré, queridas mías. Si mi enfermedad sois vosotras y esos dos chiquitines míos. En cuanto tú te cases y salgáis todos de aquí, me pongo bueno.

LEONOR — ¡Luis lo está deseando, por ti, y porque quiere a los niños tanto como nosotros.

ROBERT — ¡Oh, qué alma la de Luis, Leonor! ¡Qué pareja vais a hacer! ¡Dios os bendiga! *(La besa la frente.)*

LUISA — Que te pongas tú bueno es lo principal.

ROBERT — ¡Alma mía! *(La besa en la frente.)* Es mi destino el vivir rodeado de lo más exquisito de lo bueno y de lo más exquisito de lo malo.

VICTORIANO — ¿Se pué pasar?

ROBERT — Esto sí que es crema también. Adelante, amigo Victoriano. ¿La carta, verdad? Ya no me acordaba.

VICTORIANO — Si no pué usté ahora...

ROBERT — Sí, hombre. Es un momento. Verás. ¿Es tu futuro abuelo el que va a La Fragosa?

VICTORIANO — Sí, señor.

ROBERT — *(Sentándose a escribir.)* ¿Cuánto te ha dicho que necesita?

VICTORIANO — Cien duros.

ROBERT — *(Escribiendo.)* Amigo don Luciano: Conceda usted al dador un préstamo de quinientas pesetas. Estoy de prisa y no me extiendo más. *(Escribiendo el sobre.)* Señor Administrador de los señores condes de La Fragosa. *(Levantándose.)* Toma. Y a ver cuando te casas con la Elvira y te damos para comprar unas ovejillas. Don Luciano va a prestar dinero al seis por ciento a quien yo le diga.

VICTORIANO — Ya lo sé.

ROBERT — Se va a meter don Nicasio sus cuartos donde le quepan, como se ha metido sus pastos. Le vamos a dar la batalla en toda regla.

VICTORIANO — Pero viva usted con ojo, don Pedro. Tenga usted cudiao.

ROBERT — Sea lo que Dios quiera. No faltará quien me avise y me defienda. Con Juan Manuel y contigo tengo bastante, ¿verdad?

VICTORIANO — ¡Aer!

ROBERT — ¿Crees que no sé yo lo que tú me quieres?

VICTORIANO — ¡Pa chasco, que me s'olvide lo que hizo usted por mí cuando estuve malo! Eso lo hace una madre y na más.

ROBERT — Bien me lo pagas, hombre. Cuando se siembra

en buena tierra, ya se sabe. Te quiero yo más desde que te veo tan agradecido. *(Victoriano se pone la gorra delante de la cara y empieza a dar resoplidos.)* ¿Qué es eso muchacho, estás llorando? ¿Te ha ocurido algo?

VICTORIANO ¡Quiá, no señor! Es que no se pué hablar con usté. Yo no sé qué me pasa a mí cuando hablo con usté. *(Se emocionan todos. Entran doña Julia y Antonia.)*

ROBERT ¡Ea, vámonos! Toma un cigarro. Vámonos. *(Mutis todos menos Antonia.)*

ESCENA TERCERA

ANTONIA, luego LA EUSEBIA, luego VALLES, ROBERT, DOÑA JULIA, LEONOR y LUISA, luego RAMÓN

ANTONIA *(Se sienta a coser.)* Esta tarde no sale la señorita Leonor con sus amigas. Eso es que no quié don Pedro que se encuentre con don Nicasio. ¡Como ellos están tan a mal, que no se saludan siquiera. Mal se va a ver don Nicasio pá que le den entrá aquí. Pero si la señorita lo quiere, al fin y al remate la tendrán que dejar. ¡Qué suerte tié la señorita! Viene con un novio, y cuantis que llega aquí le sale otro. Y... ¡vaya novios!, que si el de Madrid es lo que icen, don Nicasio no es grano de anís. Ella lo estará pensando, que ser millonaria de la noche a la mañana es pa pensarlo y... cuasi pa no pensarlo. ¡Hay que ver qué suerte! dos novios ricos y una... ¡ay! *(Suspira.)* ni uno pobre. Don Nicasio está que chochea. Ice que no ha visto mujer como ella, que es una mujer estrupenda y cañón. ¡Qué palabrejas tién los particulares! ¡Miusté que cañón! ¿Qué quedrá icir eso? Es mejor que le digan a una: "hermosa, rica, te comía" y cosa así que se entiendan. ¡Ahora cuando venga el de Madrí se esenlindará la cosa. Veremos quién pué más. La señorita hace ascos

a don Nicasio, pero tié que ser por don Pedro. La procesión andará por dentro.

EUSEBIA *(Desde fuera.)* ¡Ave María Purísima!

ANTONIA Güelva usté luego. No hay nadie aquí, tía Eusebia.

EUSEBIA *(Desde la puerta.)* ¿Qué?

ANTONIA Que están de paseo.

EUSEBIA ¿A esperar al señorito Luis?

ANTONIA A ver si viene.

EUSEBIA Icen que viene; qu'ha ido por él Narciso a La Fragosa. ¿¡Cuándo viene?

ANTONIA Ya no debe tardar.

EUSEBIA Bajan ahora mesmo la cuesta del arroyo, que van a esperarlo.

ANTONIA ¿Quién?

EUSEBIA Don Pedro y toos.

ANTONIA ¡Entonces, ¿pa qué lo pregunta usté?

EUSEBIA ¡Es que me lo han dicho. Yo no veo. Y como toos me engañan y me hacen burla... ¿Se va a estar muchos días aquí?

ANTONIA ¿Y yo qué sé?

EUSEBIA Me voy; luego volveré. *(Mutis.)*

ANTONIA ¡Anda, que bien ha aprendío el camino la bruja! No pierde día y siempre saca tajá. Güena viña ha encontrao aquí. Delante de don Pedro no se le pué decir bruja. Ice que "probetica". *(Ruido fuera.)* ¡Anda. Ya se oyen! *(Se asoma.)* Ya están aquí. *(Mutis.)*

VALLES *(Quitándose los guantes.)* Pues está furioso Juan Manuel. No quiere que Leonor pise esa casa. Dice que esa bruja lo consiente todo. ¡Qué horror le tiene a esa tía Eusebia! *(Mirando a Leonor.)* ¿Eh? ¡Leonor! ¡Que encarnada te has puesto! ¿Qué te pasa? *(Alarmado.)*

JULIA ¡De subir la cuesta del arroyo, seguramente. Yo también vengo sofocada.

LUISA Y yo. Es que hemos subido corriendo. Cualquiera sigue a este par de gamos.

VALLES *(Calmándose.)* ¡Ah! ¡Ya! Tened cuidado no os enfrieis de repente. *(Todos se sientan.)* ¡Qué colores, Luisita! Estás muy guapa. ¡Ah! ¡Los niños sí que están ricos! Es sano esto. Les he dejado unas cajas de bombones; y cuando les he dicho lo que les traigo en la maleta, querían venirse; pero Juan Manuel no había terminado de arrancar las coles y se han quedado con él.

JULIA Ellos no se dejan la mula por nada.

VALLES Pues tienen unos mofletillos que dan ganas de comérselos.

LEONOR ¡Qué ricos, mis niños!

ROBERT ¿Oyes, mamá? A Luis también le dan ganas de comerse los mofletillos de los niños.

JULIA ¿Sabes por lo que lo dice, Luis? Porque le regaño algunas veces; porque acaricia a los niños de una forma extremada, que les hace llorar.

LEONOR Son sus caricias como las del oso.

ROBERT ¡Que encanto son los niños! ¡Benditos sean ellos angelitos de Dios! Por algo dijo Jesús: "Dejad que los niños se acerquen a mí". Yo quiero a los míos, porque son míos, y a los otros porque son de Dios. Todos los niños son de Dios. Los hombres... ya es otra cosa.

VALLES Te encuentro mejor, Pedro.

ROBERT Sí, hombre, duermo más.

VALLES ¿Observas el tratamiento?

ROBERT ¡Mamá!

JULIA Sí, sí; se está portando. Todo al pie de la letra.

LEONOR *(Riendo.)* Para las duchas ha preparado un aparato...

ROBERT No lo describas, mujer, que pierde la gracia. Ya lo verás. *(A Valles.)*

LEONOR *(Riendo más.)* Un caldero colgado con cuerdas y una alcachofa...

ROBERT ¡Y dale! ¿No ves que pierde el encanto? Es de mi invención, ¿sabes? Aquí no hay plagios. No lo habrá igual en el mundo. Voy a sacar la patente.

JULIA — El caso es que da su resultado.

VALLES — Este verano a Alange.

ROBERT — ¡Angel a María!

VALLES — ¡Cura de aguas, hombre!

ROBERT — Bueno será cura de aldea, Déjate de postinerías.

VALLES — Tú harás lo que yo mande.

ROBERT — Hasta que me canse. ¿Cuándo vas a acabar de enviar cajas de inyecciones?

VALLES — ¿Escuecen, verdad? Pues son la última palabra; no sé si sabrás.

ROBERT — Es que el practicante me tiene cosidito.

VALLES — Es natural.

ROBERT — Si no me refiero a los pinchazos. Es que no puedo hacerles a éstas una travesura, porque luego se vengan de una manera horrible.

LEONOR — Dí que es todo lo contrario. Siempre está haciendo el ganso, y en cambio, le pongo las inyecciones con un modito...

VALLES — Por eso le haces más daño.

LEONOR — Pero si lo hago como dijiste. Cojo el pellizco y... zás.

ROBERT — Y que los pellizcos son su especialidad. ¡Qué pellizcos!

LEONOR — Si a éste no le importan los pinchazos, ¿qué te crees? Si no deja de hacer el payaso, ni cuando le pincho. A mí me pone nerviosa.

VALLES — Ni sé cómo conserva el buen humor este individuo.

ROBERT — Quiero parecerme en algo a los santos, ya que no lo sea... porque... éstas no me dejan.

LUISA — ¡Payaso!

LEONOR — ¿Y en qué te pareces?

ROBERT — En estar alegre, que es lo más cómodo.

JULIA — Sí. Santa Teresa dice que un santo triste, es un triste santo.

ROBERT — Como que tienen la obligación de ahogar sus tristezas en el piélago de su fe. Dichosos ellos que se resisten imperturbables al zarandeo de la vida, y no son juguete de ella como los demás.

VALLES ¡Pues tú aún resistes. Otro en tu puesto...

ROBERT ¡Ah! ¡Si fuera yo sólo! ¿Quién podría conmigo? Los sacerdotes no debíamos tener familia; ya que no podemos hacer más que sacrificarla. ¡Bah! Fumemos. Toma. *(Le da tabaco.)* Dejemos las cosas tristes. Ya ves que observo el tratamiento. ¿Qué has hecho en La Fragosa?

VALLES Comer cabrito como un animal. Es una cosa seria ese asado.

ROBERT Tiene fama el asado de La Fragosa. ¡Le dan un punto...!

VALLES ¡Sí. Que hay que darle dos al cinto. Hemos comido en la casa Atilano, que es la castiza; y hemos paseado luego en la plaza. Por cierto que estaba allí tu galanteador don Nicasio; y nos miraba la gente como si fuéramos rivales que fuéramos a luchar.

ROBERT Los pueblos son horribles.

VALLES Sí. se ve que hay comidilla y run, run. ¡Qué barbaridad! *(Observa a Leonor.)* ¿Eh? ¡Leonor! ¿Qué te pasa?

LEONOR Nada, hombre. ¿Qué me va a pasar?

VALLES Estás alterada, y eso no es ya de la agitación del paseo. ¿Qué te pasa?

LEONOR Nada, hombre, nada.

VALLES A ver si te ha ofendido en algo ese individuo.

LEONOR No, Luis. Piropos y tonterías, nada más. Lo que te decía en mis cartas. No te pongas así.

VALLES Entonces, ¿por qué te turbas de ese modo? Como él se haya figurado que eres tú una zagala más de sus pastores, va a rectificar. Te lo juro.

ROBERT ¡Ay, amigo Luis! Ya hubiera rectificado en ese caso.

VALLES A ver si Leonor, por evitar cosas, se ha sufrido alguna audacia de ese hombre. La procacidad inaudita de ese tío bestia...

ROBERT No creo...

VALLES ¡Ah! ¿Para qué me han dicho que estaba ese hombre a la puerta de esa Eusebia cuando iba allí

Leonor? ¡Qué espina se me ha clavado en el corazón! ¡Ah! Leonor no ha debido pisar esa casa. Tiene razón Juan Manuel.

ROBERT ¿Y que se hubiera muerto esa pobre mujer como un perro, ¿verdad? ¿Hay corazón para eso, Luis?

VALLES Que no hubiera ido Leonor.

ROBERT Mira, Luis. Han ido: Leonor, Luisita, la muchacha... quien estaba a mano. Era al medio día. Hay gente siempre en la plazuela. ¿Qué más he de decirte?

VALLES ¡Pero ese hombre allí en la puerta! ¡Y la fama que tiene esa casa!

ROBERT Déjate de famas, Luis, en los pueblos. Tú has vivido en Almenares y en Madrid. ¿Qué sabes tú de pueblos?

VALLES Dicen que es una bruja alcahueta esa mujer.

ROBERT ¿Sabes lo que hace falta aquí para que una vieja sea bruja y esté endemoniada? Pues que sea pobre y fea y viva sola. Con eso basta. El odio supersticioso que le tiene esta gente ignorante, la hace aún más digna de lástima. Casi nadie le da limosna. Si no es por nosotros se muere de hambre cuando ha estado enferma.

VALLES Lo que digan de brujerías y necedades de esas comprenderás que me tiene sin cuidado. He sido el primero en reirme de las supersticiones de Juan Manuel, que hablaba de almendras embrujadas y tontunas así; pero esa mujer puede ser una Celestina, capaz de todo, por inclinación o por interés. Así opina Juan Manuel; y eso sí me preocupa.

ROBERT Pues no hay pruebas de eso, ¿lo oyes? Y a nadie se le debe suponer malo hasta que no se pruebe que lo es.

VALLES Déjate de historias, Pedro. A veces es mejor aplicar el "piensa mal y acertarás" aunque sea menos filosófico. Ahora has estado torpe tú. ¡Qué puñalada me han clavado aquí!

ROBERT Pero, ¿qué iba yo a hacer, Luis? ¿Cómo evito yo que se encuentre ese hombre con mis herma-

nas? ¡Si lo hace aposta, porque sabe que me hiere en lo más vivo! Si las acecha en todas partes; hasta en la puerta de casa. Si Luisita misma ha venido algunas veces llorando. ¿Qué hago yo, Dios mío? ¿Mato a ese hombre, o dejo que le maten, porque se pasea por el pueblo y echa piropos a mis hermanas?

JULIA — No te afectes, Pedro. Ten calma.

ROBERT — ¿Qué hago yo, Dios mío? ¿Voy a tener secuestradas a mis hermanas?

VALLES — ¡Oh! ¡Eso sí que no! ¿Encerrarnos a nosotros ese tío? Ya sabes que te dije que dejaras a Leonor hacer su vida ordinaria. Que cifraba en su virtud su principal defensa. ¡No faltaba más!

ROBERT — ¡Entonces... ¿Qué hago yo? *(Muy afectado.)* ¿Qué hago? ¡Ilumíname tú, Señor! ¡Señor, que vea!

JULIA — ¡¡¡Hijo de mi sangre!!! Luis, no hay derecho. Que ya ves cómo está.

LEONOR — *(Llorando.)* ¡Dios mío! ¡Dios mío!

LUISA — *(Llorando.)* ¡Pobre hermano mío!

VALLES — *(Se levanta rápido y se acerca a Robert.)* Perdóname, Pedro. ¡Si no te culpo a ti! ¡Piensa en el sentido que pueden tener mis palabras. ¿De qué te puedo yo culpar? Yo veo un peligro que tú no has visto. Eso es todo. Perdóname, Pedro. ¿Quieres que te lo pida de rodillas?

ROBERT — Si lo comprendo todo, Luis. ¿Es que no te conozco yo, amigo mío de la infancia? ¿Voy a ignorar aún la hermosura de tu alma? Por eso siento yo más esto. Dios sabrá por qué consiente tanto. ¿Qué le vamos a hacer?

RAMÓN — ¿Se pué pasar?

ROBERT — Adelante.

RAMÓN — Güenas tardes.

ROBERT — ¡Hola, Ramón! ¿Qué traes? ¿Cómo está el abuelo?

RAMÓN — Mu mal. Cuasi acabando. A eso vengo.

ROBERT — ¿Traes caballería?

RAMÓN La yegua.

ROBERT Vamos a escape. *(Alcanza la dulleta y el gorro.)*

VALLES ¿Te marchas? ¿Tardarás mucho?

ROBERT No; el anejo está cerca. A la hora de la cena estaré de vuelta, si Dios quiere.

LEONOR Toma algo.

JULIA Un vaso de leche. ¿Quieres?

ROBERT Sí, dámelo. Adiós, Luis. Adiós, Leonor. *(Mutis Robert, Ramón, doña Julia y Luisita.)*

VALLES Abrígate.

LEONOR No tardes.

ESCENA CUARTA

LEONOR y VALLES

VALLES Perdóname, Leonor. Os he hecho sufrir.

LEONOR ¡Ay, Luis! ¡Cuánto siento yo esto! *(Llora.)*

VALLES No te acuerdes ya.

LEONOR Bien sabes que te consulté. ¡Si yo hubiera sabido...! *(Llora.)* ¡Pobre, Pedro! ¡Qué disgusto ha sufrido, estando como está! ¡Pobre hermano mío!

VALLES ¡Perdóname, Leonor. He estado descompuesto, pero no lo he podido remediar. No está en mí mano ver la sombra de un daño para ti y tener calma. Es que no sabes cómo yo te quiero, Leonor. Pronto se acabarán mis sobresaltos y habrá paz para todos.

LEONOR ¡Ay, Luis, mi hermano Pedro! Tú no sabes.

VALLES También se curará, tontina. Si su enfermedad la conozco yo. El, anhelaba el término de su carrera para ser vuestro amparo, y... ya ves: hasta nos ha perjudicado con aplazamientos para la boda y todo y...

LEONOR Y al fin hemos tenido que abrazar el partido que él más temía: vender la casa y venirnos a este pueblucho.

VALLES ¡Oh! El hijo de don Delfín Robert en esta situación. No sé cómo resiste.

LEONOR — Su pesadilla somos nosotros. El, no tiene ambición. Es un santo. ¡Pobre hermano mío!

VALLES — ¡Por eso, cuando se le quite esa preocupación, se cura.

LEONOR — ¡Ay, esos chiquitines, qué clavos son para él, Luis! Dice que tiene presentimientos tristes respecto de ellos. No podemos mirarle cuando los acaricia. Se los quiere comer. ¡Dios mío! *(Llora.)*

VALLES — Todo vendrá a la vez. Ya verás. Nos llevaremos nosotros los niños y serán nuestros hijitos.

LEONOR — ¡¡¡Luis!!! *(Con mucha alegría y llorando.)*

VALLES — Y les daremos carrera como corresponde a los hijos de don Delfín Robert.

LEONOR — ¡Calla, Luis; calla, por Dios! ¡Oh! ¡Qué bueno eres! ¿Cómo te pagaremos? ¡Dios mío! ¡Qué hermosura de alma la tuya! ¡Qué bien te conoce mi Pedro. *(Llora más.)*

VALLES — Mejor que tú me conoce él. Tú has temido perderme al verme subir tanto en posición social, mientras vuestra casa se hundía. Y es porque no me conoces, Leonor.

LEONOR — ¡Oh! ¡Luis! Si es que no acabas nunca de derrochar generosidades y noblezas. ¿Quién podrá acabar de conocerte nunca? ¿Cómo me arreglaré yo para pagarte, si ya no puedo quererte más?

VALLES — ¡Para pagarme! ¡Oh! Me ahogo de ternura al mirarte ahora, pordioserita mía. ¿Crees que no leo yo en tu alma? Me agradeces que te siga queriendo a ti, pobre. ¿Crees que no lo veo? ¡Tú, pobre! ¡Vosotros pobres! ¿De qué sois pobres? Si os tengo envidia. Si me tenéis edificado. Si quisiera yo ser como vosotros. ¡Oh, que pequeño es todo comparado con las riquezas vuestras que no puede robar el ladrón, ni destruir la polilla!

ESCENA QUINTA

DICHOS Y NICOMEDES, luego BELORTA y la EUSEBIA

NICOMEDES — ¿Se puede?

LEONOR — El sacristán.

VALLES Que pase. (Ha sido inoportuno.)

LEONOR Pase usted.

NICOMEDES *(Entrando.)* Muy buenas. Qué tal, don Luis, y su papá?

VALLES Bien. El como un muchacho.

NICOMEDES Aquí le queremos toos. ¡Es más simpático!

VALLES Siéntese usted.

NICOMEDES Si les interrumpo...

VALLES Hay tiempo.

NICOMEDES *(Sentándose.)* Me estaré un momento. Están de cuentas de pastos en el Ayuntamiento y vendrán a llamarme si tardo. Sin mí no hacen ná.

LEONOR Voy a ver si acierto con tu gusto en la cena. Iremos preparando para cenar en cuanto venga Pedro.

VALLES Perfectamente. *(Mutis Leonor.)*

NICOMEDES ¡Qué encanto de muchacha! Dios los haga a ustedes felices.

VALLES Muchas gracias.

NICOMEDES Y llévesela usted pronto, ¡leñe! que hay moros en la costa.

VALLES No hay cuidado.

NICOMEDES Ya decía don Nicasio, que era él el novio, y que usté no venía más. Es más alabancioso, ¡y dice cada cosa por ahí!

VALLES Le he visto en la plaza de La Fragosa; y me miraba con una sonrisita de perdonavidas... Debe ser un fatuo.

NICOMEDES Es un tío salvaje. Ya ve usted que yo soy mayordomo suyo aquí en Aldehuela, pero no dejo de reconocer las cosas. Aquí no le pué ver nadie, aunque nos tengamos que pudrir.

VALLES Ya lo sé.

NICOMEDES Sobre too pa las mujeres es temible. Dice que la señorita Leonor le ha embrujao con sus coqueterías y que está chiflá por él. Ya ve usté.

VALLES Hablemos de otra cosa si usted quiere.

NICOMEDES Mejor es; porque hierve la sangre. Lo que es una hija mía no había pisao en cá la Eusebia, sa-

biendo que estaba él acechando y se colaba detrás. No había necesidad.

VALLES *(Muy alarmado.)* ¿Qué ha dicho usted? ¿Ha dicho que se colaba detrás él? ¿Ha dicho usted eso?

NICOMEDES ¡Ah! No lo sabía usted? Entonces a callar. Más vale que hablemos de otra cosa.

VALLES ¡Ah! No, señor. Ahora hay que hablar de eso y ponerlo en claro. ¿Qué se cree usted? *(Más alarmado.)*

NICOMEDES ¡Maldita sea mi lengua! Mire usted, don Luis, que al fin voy a ser yo el que salga con las manos en la cabeza. ¡Maldita sea mi lengua!

VALLES ¡Ah! No, señor. Todo lo contrario. Si es verdad lo que usted dice, ¿por qué? Si fuera mentira... ¡Ah, entonces...!

BELORTA ¿Está aquí el señor Nicomedes?

NICOMEDES El alguacil, que viene a llamarme. ¡Hombre, a propósito! Ese se lo puede decir, si miento yo. El vive enfrente de la Eusebia.

VALLES Pero él también...

NICOMEDES Como too el pueblo. No se habla de otra cosa.

VALLES ¡Ay, Dios mío! ¿Qué me pasa a mí? ¿Qué es esto? *(Muy agitado.)*

NICOMEDES ¡Don Luis, por Dios! De toas maneras me pierde usté. Lo estoy viendo. ¿Pa qué habré hablao yo?

VALLES *(Dominándose.)* ¡Ah! No tenga usted cuidado. Yo sabré dominarme, para no comprometer a nadie. Que pase ese hombre.

NICOMEDES Pasa, Juan José. *(Entra Belorta.)* Dile aquí al señorito si has visto tú entrar a don Nicasio en cá la Eusebia, detrás de la señorita Leonor.

BELORTA Mira, Nicomedes. A mí me dejas tú de líos. Si a ti te gustan los líos, a mí no.

VALLES ¡Ay, Dios mío! Ya no tiene remedio mi ruina.

BELORTA Miusté, señorito; que yo le tengo atención a don Pedro; y don Nicasio me tié de guarda y

m'ha metío en el Ontamiento y m'ha hecho del somatén y el pan de mis hijos es antes que too.

VALLES — Pero hable usted, hombre de Dios. Acabemos de una vez, sea lo que sea. ¿No ve usted que me ahogo.

BELORTA — 'Pos yo no sé más que eso: que entraba la señorita, y luego don Nicasio; y cerraban la puerta, y luego salían.

VALLES — ¡¡¡Horror!!!

BELORTA — Pero, miusté lo que hace. Yo no quió líos. Bástese que son presonas como las que son...

VALLES — ¡Oh! ¿Qué me pasa a mí? ¿Qué es esto? ¿Donde está la Eusebia?, que apure yo de una vez este veneno y dure menos mi agonía.

BELORTA — ¿La Eusebia? Hacia acá venía denantes. Va pidiendo limosna.

VALLES — Tráigala usted, o yo iré a buscarla. Que hable ella y me dé la sentencia. ¿Qué he hecho yo, Dios mío, para merecer esto? ¡Ah! Me ahogo. *(Cae sobre el sofá acongojadísimo.)*

EUSEBIA — ¡Ave María, Purísima!

NICOMEDES — Ya está ahí la Eusebia. Pero beba usté un poco de agua, y cálmese usté, don Luis, ¡por Dios!

VALLES — Pase usted aquí, mujer. Pase usted.

BELORTA — *(A Nicomedes.)* Tu tiés la culpa por hablar. Haber dejao a ca uno.

NICOMEDES — ¡Maldita sea mi lengua! ¿Quién iba a pensar?

EUSEBIA — Güenas tardes. ¿Quién hay aquí? *(Se pone la mano sobre los ojos.)* No veo.

VALLES — Cuéntelo usted todo, mujer: sea lo que sea; dígamelo usted todo.

EUSEBIA — ¿Quién es? ¿Qué ice?

NICOMEDES — Es el novio de la señorita Leonor. Dí si ha pasao algo en tu casa entre ella y don Nicasio.

EUSEBIA — *(Empieza a temblar.)* ¡Señorito, por Dios!, que no me castiguen a mí, que yo no lo pude devitar *(Valles se lleva las manos a la cabeza.)* Estaba aquel hombre como un basilisco. Se metían en el cuarto y yo estaba muriéndome en el poyo de la

cocina. Si me meto por en medio me mata. ¿Qué iba a hacer yo, señor?

VALLES *(Se lleva las manos al cuello; luego ruge como si no pudiera respirar.)* ¡Ah! ¡Me ahogo! ¡Aire! ¡Me ahogo! *(Se levanta y va a salir.)*

NICOMEDES ¿Ande va usté, don Luis? ¡Por Dios! ¡Maldita sea! *(Le sujetan entre Nicomedes y Belorta.)*

VALLES ¿No ven que me ahogo? ¡Aire! ¡Que respire yo aire. *(Queda suspenso un poco y cae sobre el sofá.)* ¡Ah! ¡La sonrisa de lástima, de esta tarde! ¡La turbación de ella! Está todo claro ya. *(Está un poco suspenso.)* ¡Oh! ¡Qué claro lo veo ya todo! *(Está dando muestras de horrible lucha* lo más probable. Pero, ¿qué más da? No me engañas, no, demonio aborrecido de mi amor loco, imbécil; de mi amor de niño. ¡Ah! ¡Una prostitución material que arranque de un primer salto de sorpresa, brutal e irresistible! Puede ser. Es lo lo más probable. Pero, ¿qué mas da? No me engañas, no. ¿Voy a arrastrarme yo, como un perrito hambriento a recoger las migajas del festín crapuloso de su deshonra? ¿Qué te has creído tú, demonio aborrecido? ¡Ah! *(Se levanta otra vez y va a salir.)* ¡Me arden las sienes! ¡Se rompe el corazón! ¡Aire! ¡Aire!

NICOMEDES ¿Qué quiere usted, don Luis?

VALLES ¡Oh! ¿Qué voy a querer? ¡Si es que me ahogo aquí! La puerta. El camino. El aire libre. Que salga yo pronto del infierno de esta casa; del infierno de este pueblo.

TELÓN

ACTO TERCERO

Patio. Puertas en los laterales. La de entrada a la izquierda. La de la casa a la derecha. Banco al fondo. Mesa delante del banco. Butaca al lado de la mesa. En ésta un vaso de leche. Pila y grifo en fondo lateral izquierda.

ESCENA PRIMERA

ROBERT, DOÑA JULIA, LUISITA, LEONOR, MARTA, MARIANA, JUAN MANUEL y VICTORIANO

ROBERT — *(Sentado en la butaca ante la mesa y bebiendo pequeños sorbos de leche.)* ¿Lo ves, mamá, qué bien se está aquí?

JULIA — ¿Te encuentras bien?

ROBERT — ¡Pero si estamos en mayo! ¿Qué frío ni qué tonterías? ¿Qué se le puede pedir a esta tarde tan hermosa? Es una rutina tonta, mamá, eso de creer inseparables la idea de enfermedad y las de cama y encerramiento. Eso es según las enfermedades que sean. Dejadme ya un poco aquí solo, que respire a mis anchas. Ya veis con qué idea lo podré decir. ¿Me estorbaréis vosotros? ¿Me estorbará mi Juan Manuel? ¿Me estorbará mi Victoriano, el noble, el agradecido? ¿Me estorbará la Mariana, la pobrecita huérfana, la cuitada

de los hidalgos clásicos? ¿Me estorbará la señora Marta, mi segunda madre? Pero necesito... mucho aire... ¿Qué sé yo? Dejadme solo un poco.

JULIA ¡Pedro, hijo mío! Ya comprenderás...

ROBERT Pero si me encuentro bien. No me queréis creer. No siento molestia ninguna. Ha sido un absurdo tenerme encerrado y sofocado a todas horas. ¿Qué disparate? ¡En el mes de mayo! Con un patio como éste. Cada minuto que pasa me siento más aliviado aquí. Hace un mes que no he tenido un rato como éste. *(Doña Julia hace señas a los demás de que se retiren.)*

MARTA ¡Pos vamos; pero no s'aflija usté y no güelva usté a las andás. *(Se meten en la casa todos menos doña Julia, Juan Manuel y Victoriano. Doña Julia les hace a los mozos seña de que se marchen.)*

JUAN MANUEL Güeno. Voy a dar una güelta a casa. ¿Se va a estar usté aquí quietecico?

ROBERT ¡Pero si esto es la gloria! ¡Una receta que estaba tan a mano y tan barata! ¡Qué disparate! ¡Qué bien se está aquí! *(Doña Julia les insiste en que se marchen.)*

JUAN MANUEL ¡Hasta luego.

VICTORIANO Yo también vi a aviar el ganao en un instante. *(Mutis los dos.)*

JULIA *(Se sienta a su lado.)* ¿Te estorbo yo también? *(Le besa la frente.)*

ROBERT ¡Mamá! *(La abraza y la besa.)* No me entendéis. Me contrariais siempre con la misma muletilla: "que eso te perjudica". ¿Querré yo lo que me perjudique si me agarro a la vida como un desesperado, porque no me quiero morir? ¿Tú sabes las ansias de vivir que siento? Nunca he sentido las ansias de vivir que ahora. Ya ves cómo hago todo lo que me mandan; pero me sofocáis demasiado.

JULIA ¿Te vamos a dejar cuando te da el ataque, para que te des un golpe?

ROBERT ¡Pero esos forcejeos, hasta cuando ya se me ha pasado! ¡Ese círculo exterior unido al círculo vicioso de dentro!

JULIA Ya ves qué pronto se ha deshecho el círculo exterior. En cuanto lo has mandado y te hemos visto tranquilo. Por capricho no es, hijo mío.

ROBERT ¡Si pudiera librarme del otro!

JULIA ¡Porque no querrás. Porque no tendrás voluntad.

ROBERT ¡Es círculo vicioso, mamá, y es difícil salir de él. Ya hago lo que puedo; no creas.

JULIA Y te da resultado. Ya lo sabes.

ROBERT ¡Qué difícil es! La enfermedad aumenta las preocupaciones. Las preocupaciones agravan la enfermedad. Si no le temiera a la muerte, me curaba. ¡Qué cosas!

JULIA ¡Si me das palabra de no afectarte, te doy unas noticias.

ROBERT ¿De Luis? ¡Ah! ¿Ha escrito Luis? ¿Se sabe algo? Cuéntame. *(Muy agitado.)*

JULIA ¿Lo ves? No puede ser, hijo mío.

ROBERT Ya estoy sereno. Te prometo no afectarme. Ya lo verás. Dime. Cuéntame.

JULIA No se trata de Luis. No pensemos en él.

ROBERT ¡Infame! ¡Mal amigo! *(Viendo el gesto de su madre.)* No, si no me altero. Ya sabes que me alegro de que se marchara si los motivos fueron los que suponemos. Si creyó cualquier infundio, contra la honra de Leonor, no se la merece. Vi cómo prendió en él la víbora de los celos tan sin fundamento aquella tarde, y se me heló la sangre... ¡Bendito sea Dios que ha librado a Leonor del suplicio de vivir con un hombre a quien ciegan los celos! Si es que se asustó de nuestra pobreza y de la carga que se le echaba encima con una familia entera a quien mantener, con la añadidura de costear dos carreras, me resulta más despreciable todavía, y maldigo mi ceguera al no ver su ruindad, y tenerle por el más noble y generoso de los hombres.

JULIA Yo sigo loca, Pedro; sin saber qué pensar. Leonor no admite ningún supuesto que le ofenda a él. Dice que es inocente, o que el día es noche y la noche día. Que si no era sincero el amor de Luis, pierde la fe en todo para siempre.

ROBERT El suyo sí que es sincero y rendido y único. ¡Pobrecita mártir sacrificada! ¡Pobrecita! Ya la estimaba más el endiosado ese, cuando era la hija del famoso abogado don Delfín Robert; y nadábamos en dinero; y entre docenas de pretendientes distinguidos le prefirió a él, al estudiantillo hijo de un médico titular de Almenares. No tiene perdón de Dios ese infame.

JULIA Mira, dejemos eso ya.

ROBERT El supuesto único que le disculpa es el de que salió loco aquel día, fuera por celos o por otra causa.

JULIA Ese supuesto admite Leonor. Ese nada más.

ROBERT ¡Si yo pudiera ir a verle!

JULIA Tengamos paciencia, hijo mío.

ROBERT ¡Oh! ¡Este infierno de dudas ya tres semanas! ¡Parece mentira!

JULIA Y, ¿qué vas a hacer? Le escribimos y no contesta. Se reciben esos dos acuses de recibo de los papeles, en blanco.

ROBERT Si son suyos esos certificados, no hay duda, está loco.

JULIA Pero si no hay supuesto más probable que ese. Ya ves que no recibió a don Luciano ni a don Aurelio. Y a la tarjeta en que le indicaron a lo enfermedad. Si no le temiera a la muerte, me que sabe a qué atenerse. Ya sabes que según dicen, no aporta por la clínica, ni recibe a nadie en su casa, y se pasa en el monte casi todo el tiempo.

ROBERT Todo coincide para fortalecer ese supuesto. Tenéis razón. La misma forma de marcharse. ¡Dejarle en el comedor el señor Nicomedes tan tran-

quilo y verle luego la gente escapar del pueblo de aquella manera!

JULIA La gente se hace lenguas.

ROBERT Creo que iba rebotando por el sendero de la cuesta, hablando y accionando él solo sin mirar ni saludar a nadie, como un presidiario escapado, como un prófugo perseguido; como el superviviente de una catástrofe, que, empujado por el instinto, se aleja del lugar del peligro.

JULIA Creo que iba cortando por los atajos, como el mejor conocedor de esos senderos. ¡Dios mío!

ROBERT ¡Y tenerme a mí Dios así! ¡Si yo pudiera ir a verle, que se acabara este infierno de dudas, que nos está matando a todos!

JULIA Tengamos un poco más de paciencia, hijo mío. Poco puede prolongarse ya esto. Ya se cansará el Señor. Tú atiende a tu salud, que es lo principal. El Santo Job llegó a más y no perdió la paciencia.

ROBERT ¡¡Ah! ¡Santa madre mía! *(La abraza y la besa.)* ¿Qué tendrás tú madre mía? ¿Qué virtud será esa de tu ternura y de tu amor de madre, que así calma mis congojas, y me llena de gloria? ¿Cómo será el corazón de la Virgen, de esa Madre?

JULIA ¡¡Hijo de mi sangre!! *(Reaccionando en seguida.)* ¡Eh! ¡Cuidado! ¡Se acabó!

ROBERT *(Serenándose.)* Sí, sí; ¡que se prolongue esta gloria de tu presencia en esta placidez sedante, que me mete vigor y salud a raudales! ¡Qué bien me encuentro así sosegadamente a tu lado, mamá! ¿Cómo será la gloria? ¡Oh, qué bien me está haciendo este rato! ¡Hacía tanto tiempo que no descansaba...!

JULIA ¡Pues si sigues con ese sosiego, allá van las noticias.

ROBERT ¡¡Es verdad! Ya se me había olvidado la promesa. Cuéntame.

JULIA Ha estado a verte esta mañana don Vicente.

ROBERT ¿¡El hijo del señor conde de La Fragosa? ¡Y no le he visto yo!

JULIA Estabas descansando con la inyección de morfina y no te íbamos a despertar. Además tenía prisa. Iba a Las Lomas del Santo. Al regreso pasará a verte otra vez.

ROBERT Un favor, mamá, oye.

JULIA Sí, hombre; que te llamemos...

ROBERT Aunque esté como sea. ¿¡Me lo prometes, mamá?

JULIA Sí, hijo mío.

ROBERT ¿¡De veras?

JULIA ¡Qué tonto, no tengas cuidado!

ROBERT ¡¡Oh! ¡¡Eso es aristocracia, mamá! Aristocracia del alma, quiero decir, que ensombrece en él a la aristocracia de su linaje, con ser ésta tan esclarecida. ¡¡Ese sí que es el ejemplar del caballero cristiano! ¿Qué ha dicho? ¿Qué me cuentas de él?

JULIA Primero: su papá fué ayer a Madrid a dos cosas: A ver a Luis a todo trance, aunque tenga que escalar la casa.

ROBERT Ese es él. Serán palabras suyas. ¡Qué Alonso Quijano el Bueno!

JULIA Y a buscar plaza en un colegio, para Delfín y Pepito.

ROBERT ¿Para nuestros niños? ¡¡Dios mío! *(Llora.)*

JULIA ¡Bah! No tienes palabra. No te digo lo otro.

ROBERT *(Secándose las lágrimas.)* Ya, ya está... Sigue.

JULIA Segundo: me ha entregado esto para que aplique dos misas por su madre. *(Le da un sobre.)*

ROBERT *(Sacando el contenido del sobre.)* ¡¡Dos billetes de mil pesetas! *(Se queda un poco pensativo y empieza a llorar sosegadamente.)*

JULIA ¡¡Llora así lo que quieras, hijo mío! Ahora no te reprendo. Esas lágrimas del agradecimiento no perjudican. Si no se las dejara... *(Llorando ella.)* salir, se rompería el corazón. Todos hemos llorado esta mañana; y al pronto se ahoga una, porque se agolpan muchas lágrimas y quieren salir

todas a la vez; pero luego se siente con las lágrimas de la gratitud tanta dulzura como con las de contrición. ¡Llora hijo mío, lo que quieras!

ROBERT ¡Oh!, qué diferencia, mamá, entre estas delicadezas y los ultrajes del otro monstruo metalizado!

JULIA ¡Eh! ¡Cuidado! Te prohibo que hables ni una palabra más de esa persona. ¿Lo has oído?

ROBERT ¡Es verdad. Jesús estuvo mudo delante de Herodes; pero yo también te pido un favor. Cuando yo esté dormido, vigila tú a Juan Manuel. No le pierdas de vista tú. Me temo una desgracia. No vamos a acabar nunca de sobresaltos. Ya le voy dando la razón a don Manuel. Los Quijotes estamos en crisis. ¡Oh, desfacer entuertos! ¡Amparar a los menesterosos! ¡Romper las cadenas de Galeotes míseros! Hay que medir antes las fuerzas. Está visto. Enrique Heine dice que es una ingrata locura querer interponer prematuramente el futuro en el presente, si para tal empresa se cuenta sólo con un delgadísimo rocín, una mohosa armadura y un adhacoso cuerpo.

JULIA Y tiene razón.

ROBERT Vámonos, mamá; ya me duele la nuca. Ya empiezan los pinchazos dichosos. *(Se levanta y echa a andar.)* Y no vamos a olvidar la receta. Quiero estar así un ratito todos los días contigo... *(Andando abrazado a su madre.)* ...nosotros solitos, aprendiendo yo de tu resignación, de tu... fortaleza... *(Desaparecen hablando. Victoriano aparece por lateral izquierda.)*

VICTORIANO ¡Qué valiente! ¡Qué valiente! *(Mutis detrás de ellos y vuelve a salir en seguida.)*

ESCENA SEGUNDA

BELORTA y VICTORIANO; luego la EUSEBIA y la ANTONIA

BELORTA *(Entra receloso, mirando a todas partes. Se acerca a Victoriano que sale de la casa.)* ¿Me echarán a la calle, Victoriano?

VICTORIANO No, señor; les he dicho que iba usted a venir.

BELORTA Don Nicasio se quedaba ahí en la plazuela haciéndome burla.

VICTORIANO ¡Haga usted caso de don Nicasio! ¡Ya está usted aviao!

BELORTA No ha hecho más que meterme en berenjenales. ¡Maldita sea su estampa!

VICTORIANO Usté se creiba que l'iba a hacer a usté menistro u cosa así? Júguese usté la vida por él, pa no hartarse nunca de pan, ¡órdigas! ¿Está usté ciego u qué?

BELORTA ¡Ojalá y hubiá yo hecho caso de ti, Victoriano! ¿Cómo está hoy la señorita?

VICTORIANO Con su pena. ¿Cómo va a estar? Esa no esecha lo que tié encima.

BELORTA ¡Maldita sea mi estampa!

VICTORIANO ¡Lo que ha hecho ese hombre por nusotros, padre! ¡Y luego...!

BELORTA ¡Curarme a mí él mesmo! Yo creo que me echan a la calle.

VICTORIANO Pídale usté perdón y verá usté. Si es un santo.

BELORTA Les traigo aquí unas nueces a los niños. ¿Ande están?

VICTORIANO Ahura no están; pero se las deja usté pa que se las den. Entre usté. *(Mutis Belorta. Victoriano coge el plato con el vaso de encima de la mesa.)* ¡Antonia!

ANTONIA ¿Qué?

VICTORIANO Toma. *(Le da el plato con el vaso y coge él la mesa y entra en la casa. Antonia va con el plato y el vaso a fondo de lateral izquierda y los pone en la pilita debajo del grifo, que abre.)*

EUSEBIA *(Entrando.)* ¿Qué haces, Antonia?

ANTONIA Aquí. *(Se vuelve dando la espalda al grifo.)*

EUSEBIA ¿Quién hay?

ANTONIA L'han puesto una endición a don Pedro, y está tranquilo.

EUSEBIA ¿Han tenío carta u algo?

ANTONIA No, señora.

EUSEBIA — El de Madrí no viene ya. Lo malo es que don Nicasio icen que no se quié casar con ella tampoco. ¡Qué hombres!

ANTONIA — ¿Qué sabe usté?

EUSEBIA — Lo que él ice. Que si se la dan pa una temporá que le dará el doble que a otras.

ANTONIA — Que se limpie.

EUSEBIA — Ice que es una gente mu orgullosa; que dispués que se están muriendo de hambre, insultan al que les da dinero.

ANTONIA — Que se presente el guarda con más embajás, que pué que salga si puede. ¿Qué s'han figurao?

EUSEBIA — Y, ¿qué tendrán que hacer al remate, Antonia?

ANTONIA — Si fuá a casarse, menos mal; pero ¿así la hermana de un señor cura? ¡Vaya un tío sinvergüenza! Como le eche las uñas Juan Manuel otra vez, no le vale la paz ni caridad.

EUSEBIA — Pos él bien se estose, pasando por la puerta a toas horas. ¿No lo sentís, Antonia? Pasa y se estose. ¿No lo sentís?

ANTONIA — ¿¡Pos no ice que si lo sentimos, y nus vemus negros pá sujetar a Juan Manuel cuando está don Pedro dormío? ¿Qué se cree usté, que no va a pasar algo?

EUSEBIA — Como él es cabo del Somatén y lleva siempre quién le guarde las espaldas...

ANTONIA — Juan Manuel no da por las espaldas, ni entiende de Somatenes ni de Somatenas. Y yo pienso que el vaso está rebosando ya.

EUSEBIA — Ya hace un rato que está rebosando. Voy un rato a hacerles compaña. ¡Pobrecicos!

VICTORIANO — Antonia, que vayas. *(Mutis Antonia y Eusebia a la casa. Mirando a la puerta.)* ¡Ordigas, el señorito Luis! ¡Sí, es él!

VALLES — *(Desde la puerta mirando a fuera.)* Se va usted a la posada con la mula y espera usted.

VICTORIANO — *(Acercándose.)* ¡Don Luis!

ESCENA TERCERA

VICTORIANO y VALLES

VALLES ¡Victoriano! ¿Cómo está don Pedro?

VICTORIANO Mú mal, señorito; mú mal.

VALLES Eso me dijo ayer el conde.

VICTORIANO Hace quince días que le dió un ataque y salió loco. Luego l'han dao más ataques.

VALLES ¿Quince días?

VICTORIANO Sí, señor; y don Aurelio ice que se muere. Ayer le confesaron y le dieron el Señor. *(Descubriéndose.)* Hoy ha estao un poco mejor; pero no tié remedio.

VALLES ¡Dios mío, qué luz! ¡Quince días! La fecha de mi carta.

VICTORIANO La aldea está alarmá y llora toa la gente.

VALLES ¡Quince días! ¡Claro es! ¿Cómo me iba a contestar? ¿Qué hace el sacerdote que tiene que ser perjuro para salvar a su hermana? ¿Qué hace el hermano que tiene que difamar a su hermana para no ser perjuro? No podía hacer más que lo que hizo al pedirle yo juramento: callar y salir loco.

VICTORIANO Ni sé cómo resiste esta familia, sin comer cuasi y sin dormir.

VALLES ¡Ah! Pero él es inocente. ¡Pobrecito mártir crucificado Le ha matado la traición de la pérfida. Le hemos cogido en medio y él ha sufrido el choque. ¡Victoriano! Pasa tú y dí que estoy aquí, y que quiero verle. ¡Oh! ¡Qué desesperación si no es ya tiempo de salvarle.

VICTORIANO Es mejor que esperemos un poco, señorito, por si se alarman y lo ispiertan. Ahura está descansando, porque le han puesto una endición. No escansa ná el probe dasta que no le ponen la endición.

VALLES ¿Lleva mucho tiempo en la cama?

VICTORIANO Si no está en la cama. No quié estarse en la cama. Anda por toa la casa y toos detrás de él;

y no s'aquieta. Ahura está en un sillón del comedor y l'han puesto unas almohás pa que recueste la cabeza. ¡Ay, señorito! ¡Qué dolor es el cuadro de esa casa. *(Llora.)*

VALLES — Dicen que está también enferma la señorita Leonor. ¿Es cierto?

VICTORIANO — Sí, señor. No se pué resistir eso. Se le encoge a uno el corazón y por más que haga. ¡Ay, qué lástima de gentes, señor!

VALLES — ¡Dios mío! ¿Qué pensar?

VICTORIANO — Pos usté no está güeno tampoco, ¡órdigas! Paice que les han dao cañazo a toos.

VALLES — ¿Y qué enfermedad tiene la señorita Leonor, Victoriano?

VICTORIANO — ¿Y yo qué sé? Si no lo sabe naide. Pena tié que ser y na más. Dende que se fué usté aquel día tan sin pensarlo, no ha echao más hora a la luz la pobretica. Too ha venío trocao dende entonces, ¡órdigas!

VALLES — ¡Ah! ¿Pero está enferma desde que yo me marché? ¿Has dicho eso?

VICTORIANO — Sí, señor; y perdone usté que se lo diga, que yo soy as íde claro. Usté hizo mu mal con dirse de aquella manera; y luego pior con no responder a nenguna carta; y luego repior con responder a torficaos de esos con papeles en blanco. Eso es burlarse, ¡órdigas!

VALLES — ¿Pero qué dice este hombre? ¿Qué es esto?

VICTORIANO — Sí, señor. Yo no me meto en las cosas de ustés. Allá penas. Pero si usté no quería ya a la señorita por probe u por lo que sea, pa eso están las palabras, y s'hacen las cosas de otra manera, ¡órdigas! Si peco, peco; pero yo soy así.

VALLES — *(Muy confuso.)* ¡Dios mío! ¿Qué es esto? Oye, Victoriano: ¿No han recibido aquí dos cartas mías certificadas?

VICTORIANO — No, señor. Ni esto. Los torficaos, sí, señor; pero el sobre sólo con un papel blanco drento y na más.

VALLES — ¡Oh! ¿Estás seguro de eso, Victoriano?

VICTORIANO Pero, ¿no vi estar seguro? ¡órdigas! ¿No vide yo abrir uno de esos? ¿No vide yo cómo lloraban toos al ver que se burlaba usté de ellos?

VALLES ¡Señor, dame fuerzas! ¿Qué caos es éste? Oye, Victoriano: tú sabes si sabía don Pedro lo de la señorita con don Nicasio?

VICTORIANO ¿El qué?

VALLES Que si sabía don Pedro eso... ese lío de la señorita con don Nicasio.

VICTORIANO *(Pensativo y asombrado un rato.)* ¡Ahaaa! Ya está entendío too! ¡Ya está entendío!

VALLES ¡Ay, si me he corrido de ligero!

VICTORIANO Güeno. A usté le dijeron que la señorita tenía que ver con don Nicasio. ¿No es eso?

VALLES Sí, Victoriano, eso es.

VICTORIANO Aspérese usté un momento aquí. ¡Qué barbaridá! ¡Cómo se orcecan también los hombres listos! ¡Qué lástima!

VALLES ¡Oh! ¡Si fué una calumnia y mi ligereza ha causado la muerte de ese mártir! ¡Qué remordimiento para toda mi vida!

VICTORIANO *(En la puerta de la casa.)* ¡Padre, salga usté! *(Aparece Belorta y detrás quedándose en la puerta todos los de la casa, menos Robert. Belorta se adelanta al proscenio con Victoriano.)* Dígale usté a don Luis lo que dijo antier don Nicasio en casa respective de la señorita. Cuando icía que no se podía con ella, que era imposible. *(Belorta mira asustado a la puerta y tartamudea sin acertar a hablar.)* Cuando estaban ustés en el portal y yo en la cuadra. ¿No se alcuerda usté? ¿Qué va a pasar, hombre? ¿No dijo don Nicasio que ya no tenía esperanza ni con sus millones ni con ná? ¿No digo que había que dejar eso por imposible?

BELORTA Sí; pero tóos nos miran. Me pierden a mí.

VALLES *(Mirando a la puerta.)* ¡Ah! ¡La Eusebia! ¡Venga usted mujer! ¡Venga usted! *(Belorta sale corriendo.)*

EUSEBIA ¡Que no me maten, señorito! Yo lo diré tó. Lo que ha dicho Belorta es mentira. Misté como se vá. *(Entra Juan Manuel.)* Fueron ellos los que me pegaron pa que dijera lo que dije. *(Aparece Robert en la puerta.)* Fueron ellos, Belorta y Nicomedes, que me arrastraron y me pegaron pa que lo dijera.

NICOMEDES *(Entrando. Aparte.)* ¡Ah! ¡Don Luis! Estoy perdío. *(Va a salirse y le coge Juan Manuel.)*

JUAN MANUEL ¿Ande va usté? Responda usté a lo que ice esa bruja.

EUSEBIA Ese, ese fué el que nos dijo lo que teníamos que icir, a mí y a Belorta.

NICOMEDES ¡Mentira! Que fué don Nicasio, y les dió dinero.

EUSEBIA Más le dió a él, pa que le diá toas las cartas de ustés. Yo digo la verdá. *(Sale corriendo Nicomedes.)*

JUAN MANUEL ¡Te mato, ladrón! ¡No te escapas! *(Sale detrás.)* ¡Te arranco la lengua!

ROBERT ¡Juan Manuel! ¡Juan Manuel! *(Sale corriendo detrás.)*

JULIA ¡Pedro, Pedro! ¡No salgas tú! ¡Pedro!

VALLES ¡Pedro! *(Sale corriendo.)*

TODOS ¡Ay, Dios mío! ¿Qué va a pasar aquí? *(Salen todos corriendo.)*

ANTONIA *(Mirando afuera.)* Están riñendo Juan Manuel y don Nicasio. ¡Oh! ¡Se matan! ¡Sacan las pistolas! ¡Ay!

JULIA ¡Hijo mío! ¡Pedro, Pedro! No te metas en medio. ¡Hijo mío! *(Suena un tiro.)* ¡Horror! ¡Han matado a mi hijo! ¡Hijo de mis entrañas! *(Todos gritan horrorosamente. Mirando a la calle. Suena otro tiro.)*

ANTONIA Han matao a don Nicasio. ¡Horror! ¡Juan Manuel tié la cara llena de sangre!

TODOS ¡Horror! ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es esto?

ANTONIA ¡Ya traen a don Pedro! ¡Lo han matao, Dios

mío! *(Aparecen Valles, Juan Manuel y Victoriano, trayendo a Robert.)*

MARTA *(Le limpia la sangre.)* ¡Juan Manuel!

JUAN MANUEL Esto no es ná. M'ha rozao ná más. Él, sí que ha acabao ya pa siempre. Pero don Pedro por poner paz... ¡Pa qué no habré sío yo! ¡Dios mío!

VALLES *(Auscultando a Pedro.)* No está muerto. No le mováis.

ROBERT *(Suspirando muy hondo.)* ¡Aaaay! *(Marta acerca el banco y le sientan.)*

VALLES ¡Pedro! ¡Pedro! *(Palpándole.)* ¡Oh! Tiene la herida en el costado derecho! ¡Ay, si le ha interesado el pulmón!

MARTA Está herido en el costado como Nuestro Señor.

JUAN MANUEL ¡Yo tengo la culpa! ¡Yo tengo la culpa!

ROBERT *(Abriendo los ojos.)* También estás tú bautizado Juan Manuel. Bautizado con tu sangre hidalga y generosa. ¡Hermosa sangre! No os aflijáis. Yo tenía que morir. Ofrecí a Dios el sacrificio de mi vida por los míos.

JULIA ¿Tú morir? ¡Calla! ¡Si no puede ser! ¡Hijo de mi sangre!

LEONOR ¡Dios mío! ¡Morir tú! No lo querrá Dios.

LUISA ¡Madre mía del Carmen! Ten misericordia de nosotros.

ROBERT ¡Callad! ¿Qué importa que yo muera si es necesario que muera uno para la salvación de los demás? ¡Qué sabemos nosotros de los designios de Dios!

VALLES ¡Oh! ¡Qué remordimiento!

ROBERT ¡Luis, amigo mío!

VALLES ¡Oh, no me llames ya amigo! Yo no tengo perdón de Dios, porque dudé de la santa. Me harás menos daño si me desprecias. Soy un miserable.

LEONOR Perdónale, Pedro. Es inocente. Estaba la trama bien urdida. Cayó en el lazo. El no tiene la culpa.

ROBERT Si ya le conozco otra vez, Leonor. Tenías tú razón al defenderle siempre con el instinto de tu amor inmenso. Es inocente. ¡Pobrecito! Es otra

víctima. Dame un abrazo. Dios te pague el bien que nos haces como yo te perdono el mal que nos has hecho. ¡Qué triste iba a ser mi muerte antes, y ahora qué dulce es! No os aflijáis. Ya desapareció la causa de mi pena. Ya tienen padre mis hermanitos. ¿Verdad, Luis?

VALLES ¡Oh! ¿Qué podré yo hacer ya en mi vida más que arrastrarme a vuestros pies y ser un esclavo vuestro, ya que me he hecho indigno de tu hermana.

ROBERT ¡Oh! ¡Belorta a quien curé sus heridas! ¡Nicomedes a quien sufrí tanto! ¡La Eusebia con quien partí mi pan! Es la eterna historia. Los favorecidos de Jesús decían en la plaza de Jerusalén: "¡Crucifícale"! Y le crucificaron. ¡Qué pequeño es todo lo nuestro ante aquello tan grande. ¡Qué pequeño es todo desde el Gólgota para abajo...! *(Valles hace gestos desesperados sin dejar de auscultarle.)* Ya me muero. No veo. *(Extiende las manos.)* ¡Leonor! ¡Luis! *(Les junta las manos.)* ¡Mis niños! Ve ahí a tus hijos. ¡Luis, mi madre! Ve ahí a tu madre! *(Muere.)*

VALLES ¡Ha muerto! Ha muerto en la brecha. En el Calvario ignoto del lugarejo ruín.

TELÓN

FIN DE LA OBRA

FE DE ERRATAS

En la página 52, línea 31, dice:

enfermedad. Si no le temiera a la muerte, me

Debe decir:

que iban contesta que no quiere hablar de eso,

Crítica de la Prensa madrileña.

EL DEBATE

Maravillas. "Calvarios ignotos".

Fundamentalmente la obra está impregnada de un hondo dramatismo. Tiene acentos de realidad, como si las escenas hubiesen sido vividas por su autor don César Martínez.

El drama social está personalizado en la persona del párroco. Sacrificado por el bien de su pueblo recibe la ofrenta más dolorosa, en el honor de su hermana, mancillado por la calumnia, a sueldo de un cacique que halla cómplices en los mismos favorecidos por el santo sacerdote. Y él atado a la familia, con la obsesión de sacarla a flote. Nadie negará verdadera virtud dramática al conflicto.

El argumento está tratado con facilidad, interés y emoción. El primer acto sobre los otros dos. La última escena la termina por modo brillante. El segundo mantiene firme el interés que declina en el tercero. La escena final, demasiado dolorosa, y excesivamente larga le resta méritos indudables.

El diálogo natural y fácil, salpicado de modismos, gracia y vocablos populares, abusa de dos cosas: de las equivocaciones y de las alusiones del Evangelio. Sin estas últimas el drama ganaría en rapidez y nervio dramáticos.

Manrique Gil ha expresado con unción y verdad su simpático papel. Tras él Aurelia Díaz, Pedro Yáñez, etc. Todos com-

partieron los aplausos fervientes con que el público acogió en los tres actos la presencia del autor en escena.—R. D.

* * *

EL SOL

Maravillas. "Calvarios ignotos", drama social en tres actos, original del párroco D. César Martínez.

El autor es un hombre bueno sobre todas las cosas, incluyendo entre ellas, claro está, su drama, en el que ha elevado a la escena al sacerdote rural que lucha por imponer ante el caciquismo cerril y la cobardía egoísta del pueblo las sanas doctrinas del Redentor, a cambio de una lesión cardíaca de esas de segura agravación en el tercer acto.

Sería quitar la emoción a los amantes del melodrama detallarles el argumento y contarles las maldades del cacique Don Nicasio, hombre mujeriego y usurero, que tiene atemorizado al pueblo y darles detalle exacto del número de disparos y muertes violentas que acaecen en el transcurso del drama. Sólo nos resta decir que don César Martínez ha escrito una obra honrada e ingenua como corresponde a su ministerio, y ha sabido preparar unos finales de acto muy teatrales. Unicamente el final de la obra resulta un poco lento: la agonía del padre Robert, es muy larga; pues ya que, desgraciadamente, se muere, no hay motivo para hacer sufrir tanto al público. Con un tiro en el costado, lo formal es morirse a los pocos minutos. Anoche la muerte parecía de tifoideas.

Manrique Gil se mantuvo toda la noche en un digno plano de perfecta naturalidad, dando acertados tonos a los momentos dramáticos y salvando con gran habilidad la larga agonía final.

Muy justa y entonada el resto de la disciplinada compañía, destacándose las señoritas Guerrero de Luna, Barbero, Otero y Díaz, y los señores Yáñez, Santamaría, Crespi y Mor.

El autor—el párroco don César Martínez—salió a recibir los entusiastas aplausos del público, reverente ante la significación social y la bondad de este buen padre, capaz de explicar un curso de moral con música del maestro Guerrero.—Herce .

* * *

LA NACION

Maravillas. "Calvarios ignotos".

Ayer estrenó en Maravillas el sacerdote D. César Martínez, cura párroco de Nombela (Toledo), un drama social muy bien intencionado, en que se muestra con felices y enérgicos trazos la acción del caciquismo rural sobre las vidas y haciendas de los sometidos a su yugo; así como lo difícil y penoso que resulta todo intento de oposición a sus designios.

En el drama del Sr. Martínez se encarga de la dura tarea un sacerdote, el cual, animado por el espíritu de justicia de los Evangelios procura dar la batalla a cierto señorito despótico, que es el azote y el terror de sus convecinos. Y aunque el generoso redentor sucumbe en la empresa, señalando con ello la fuerza y la gravedad del mal, se cumplen, no obstante, los deseos del autor, en lo que respecta a la revelación ejemplar del suceso, ya que su propósito era el de utilizar las posibilidades propagadoras y emotivas de la escena.

Lo conseguía, además, porque la obra, no obstante bordear en ocasiones el melodrama, dada la índole del asunto, acusa una capacidad teatral evidente, bien probada en el juego y equilibrio de los diversos factores y en la afortunada captura de los efectos.

El triunfo fué claro desde las primeras escenas y el interés de los espectadores se tradujo en entusiasmo y repetidos aplausos, que don César Martínez salió a recibir desde el escenario. En la interpretación muy discreta en general, sobresalieron, al lado de Manrique Gil, muy acertado en el papel del heroico sacerdote, las señoritas Guerrero de Luna y Díaz, y los señores Yáñez y Crespi.—J. A.

* * *

EL LIBERAL

Maravillas. Estreno de "Calvarios ignotos".

La oposición entre un cura liberal y campechano y un caciquillo desaprensivo y tiranuelo, es tema aprovechable para plantear un conflicto teatral. Si este se adereza con el desfile de tipos

episódicos y con el ambiente de un pueblo desmoralizado, es indudable que surge la trama dramática.

Así lo ha comprendido D. César Martínez, el autor que anoche se nos reveló con su drama "Calvarios ignotos", y en tres etapas, llevadas con bastante interés y emoción, nos resuelve el conflicto, naturalmente, como el público no esperaba. Si hay algún defecto en la obra es uno: exceso de pureza teatral. Sin embargo fueron aplaudidos los tres actos, teniendo que salir el autor a escena.

La interpretación muy discreta.

Resalta Manrique Gil, que hace un cura simpático y valiente. Los señores Yáñez y De Diego, aunque en papeles cortos, demostraron excelentes cualidades.—M. V.

* * *

EL SOCIALISTA

Maravillas. "Calvarios ignotos".

En una entrevista verificada por un periodista con el autor del drama estrenado anoche en Maravillas ha manifestado que su obra estaba inspirada en una enfermedad de los pueblos españoles, que tiene cuatro extremidades, como cualquier bestia apocalíptica: el caciquismo, la usura, el latifundio y el absentismo.

Nosotros no vimos por parte alguna de la obra que nos ocupa los zarpazos a esas lacras políticas y sociales, aunque todo el drama se desarrolle en un medio rural bien paupérrimo. El drama del señor D. César Martínez, cura párroco de Nombela (Toledo), es más bien una exposición de las sentencias consabidas del Evangelio, pero sin meterse—más arriba lo consignamos—a atacar de lleno el problema político y social de nuestro país, cosa natural en un cura párroco.

El drama fué en los tres actos aplaudido, así como llamado al palco escénico al autor e intérpretes quienes salieron a agradecer los aplausos.—F. Moya.

* * *

LA VOZ

En Maravillas. Estreno de "Calvarios ignotos".

Un autor nuevo, sacerdote por más señas: D. César Martínez. Y una obra menos nueva que el autor: "Calvarios ignotos". Drama social resuelto en moldes de vetusto melodrama. Pero sería injusto negar, a falta de inventiva y otras prendas que renovasen el género, cierta eficacia teatral y patente brío de factura. Es viejo, aunque de simpática intención, el tema del cacique que secuestra la voluntad de un pueblo y la evangélica mediación del cura de aldea. No hay sorpresas en la tesis ni en el duro contraste de los enterizos caracteres. Buenos o malos, de una pieza... Con todo, el público se dejó ganar por la emoción de "Calvarios ignotos", y aplaudió a su autor, quien se presentó en el palco escénico, con sus intérpretes, Manrique Gil, Consuelo Guerrero de Luna, Pedro Yáñez, Aurelia Díaz, etc.

* * *

LA LIBERTAD

"Calvarios ignotos", drama en tres actos de Don César Martínez.

Don César Martínez es un sacerdote que ha escrito un drama. De sacerdotes que escribieron dramas tenemos en España muy ilustres ejemplos.

Dichosa edad y siglos aquellos... no aquéllos a que se refería Don Quijote sino aquellos gloriosos para el teatro español en que Lope y Calderón escribían dramas.

Don César Martínez no nos los hace recordar por lo que tiene de dramaturgo, sino por lo que tiene de sacerdote. "Ojalá viendo "Calvarios ignotos"—ha declarado su autor en un periódico madrileño—muchos tímidos saquen fuerzas de flaqueza para combatir hasta la muerte, por caridad cristiana, a tipos como el protagonista.

Ingenuo y santo propósito que el autor ha visto conseguido en parte. Porque aquél público, que atronaba anoche con sus ovaciones el teatro de Maravillas, parecía absolutamente convencido de que el autor tenía toda la razón. Y se la dió, aplaudiendo sin regateos

Manrique Gil y Consuelo Guerrero de Luna, principales intérpretes, compartieron con el autor el premio de la felicísima jornada

* * *

INFORMACIONES

Maravillas. "Calvarios ignotos".

¡Buen sermoncillo ayer en la iglesia del barrio chamberilero! En Maravillas, la feligrasía entusiasta, y sobre el púlpito, un hombre fácil de pluma, ingenuo en sus frases y honradote y brusco como cristiano viejo.

"Calvarios ignotos", es un drama melodramático, de esos discursivos que siempre logran el favor del pueblo. Alcanzó un gran éxito. Las ovaciones saltaban como chispas de un hierro al rojo batido con saña, y su ruido aturdía a los actores, haciéndoles vacilar en su trabajo. Nosotros por lo menos así creímos comprenderlo.

Lo que nos desconcertó un poco fué el final de algún acto, porque desde la escena saludaban cinco curas y no sabíamos cuál de aquellas sotanas encerraba al párroco D. César Martínez, autor del drama

Ya hemos dicho que el éxito fué grande, y apuntado sus razones Sólo nos resta ya añadir, muy en serio, que el sacerdote autor sabe trazar sus personajes sin vacilaciones y que si la obra tiene algún error fundamental es por querer pintar un cuadro demasiado crudo de una vida pueblerina, que puede tocarse en la realidad, pero sin aquella tiesura. Los hombres son buenos y malos, pero no en línea recta. El peor tiene siempre un vértice de bondad.

El drama fué presentado por la compañía de Manrique Gil, de la que es primera actriz Consuelo Guerrero de Luna.—A

* * *

EL IMPARCIAL

Maravillas. "Calvarios ignotos".

Antaño, la Iglesia, por mediación de sus ministros, prohibía que los cómicos pudieran ser enterrados en lugar sagrado, calcú-

lese por esta muestra, qué persecución seguía a los histriones. Afortunadamente para la farándula, hoy, los sacerdotes, se han convencido de que actrices y actores son personas como las otras personas, pero que además saben representar comedias.

Congratulábase el cronista, en la noche de ayer en el Teatro Maravillas de ver cómo el cura párroco don César Martínez, vistiendo el hábito talar, se asomaba asido por las manos de los actores, al escenario para agradecer los fervorosos aplausos del público, al final de cada acto de su drama social titulado "Calvarios ignotos".

Drama sincero, limpio, honrado, en el que con frecuencia se oyen las palabras de Cristo, repetidas por boca de don Pedro, sacerdote rural, valiente, decidido, que en pugna con los caciques lucha siempre al lado de los menesterosos, de los humildes, de los injustamente perseguidos. Drama en el que se hacen resaltar las tristezas del vivir material de los curas de aldea en el calvario ignorado que sufren para el cumplimiento de su sagrado ministerio.

El público entró en la obra desde las primeras escenas interrumpiendo la representación con férvidos aplausos de los que hicieron partícipes a los intérpretes entre los que destacaron Consuelo Guerrero de Luna, Aurelia Díaz, Engracia Barbero y los señores Manrique Gil, Santamaría, Yáñez y Crespi.—NICOLÁS JORDÁN DE URRIES.

* * *

EL HERALDO

El párroco de Nombela hizo sus primeras armas con el drama social "Calvarios ignotos".

Don Pedro, el personaje bueno de esta obra social, un cura, muere "en el calvario ignoto del lugareño ruin", según exclama uno de los personajes. Esta frase del autor del melodrama —drama social expresan los carteles—, D. César Martínez, que traslado íntegra a las cuartillas, necesitaría explicarse ampliamente para no desconcertar a los lectores con su oscuridad. Pero el espacio concedido a esta reseña está limitado. Si la recojo es por si puede servir de complemento a las palabras del título

dándole un mayor eufónico: "Los calvarios ignotos de los lugares ruines".

—o—

Lo que principalmente gana la simpatía del espectador en esta obra no son los valores dramáticos, que es lo que suele aplaudir, en general, el público. El punto fuerte de D. César Martínez está en las esencias morales que se desprenden del diálogo y aun de algunos de los monólogos. Como sacerdote, puede estar satisfecho de los resultados conseguidos con el estreno de anoche. Obras como ésta son de ejemplaridad cristiana, y los obispos deberían estimular las cualidades de párrocos como el Sr. Martínez. Lo que no puede decir en el púlpito lo dice en el escenario de Maravillas. Y así el teatro cumple su misión educadora, más elevada que la de distraer a las masas.

Así como hay un teatro social, que pudiéramos llamar de izquierdas, entre los que caben escritores a lo Ibsen y a lo Bernard Shaw, existe un teatro de derechas, del que el señor Martínez es su representante.

La novedad que introduce el autor de "Calvarios ignotos" en esta clase de teatro es que no sólo muere el malo, sino que también perece el bueno. Pero ha de tenerse en cuenta, en este caso concreto, que el bueno gozaba de una salud precaria, y, que la muerte, al fin y al cabo, si se analiza, no hace sino abreviar los dolores de una existencia que por fuerza habría de ser corta.

"Calvarios ignotos" nos demuestra, además, que el clero rural está mal retribuído, y viene a subrayar las razones de los prelados cuando se dirigieron al general Primo de Rivera el año último. El Sr. Martínez lo dice bien. Mejor lo dice Santo Tomás: "Es preciso un mínimum de bienestar material para realizar mejor el bien". Acaso sin ese mínimum material no hubiésemos tenido el placer de escuchar el melodrama del señor Martínez.

Manrique Gil se destacó en la interpretación del protagonista. Los demás le secundaron con mucha voluntad. La señorita Guerrero de Luna, muy guapa.—L. D. de A.

* *

A B C

Maravillas. "Calvarios ignotos".

Si el título no fuera ya bastante elocuente, la enumeración nos daría la clave verdadera "Drama social de intensa emoción", aseguran los carteles. Drama, por lo tanto, rural. Un cacique intrigante, tiránico y enamoradizo; una paloma inofensiva; un mozo noble; un sacerdote—lo es también el autor, D. César Martínez—discursivo, joven, bondadoso, muy competente en material social y exaltado por las doctrinas de justicia aprendidas en los Evangelios.

El tono del drama es, por declamatorio, viejo, y su estructura, por inflexible, realista. Con caracteres "de una sola pieza"; con buenos y malos integrales. El melodrama asoma sus orejas en el acto primero, y las saca descaradamente en el último.

El lenguaje de "Calvarios ignotos" nos pareció brioso y preciso. Su autor—hombre de buenas letras—, guiado por nobles aspiraciones sociales, ha acertado a expresarlas en forma teatral. Harto teatral, acaso, pero de indudable efecto sobre el auditorio. Las maldades del cacique, la inocencia de sus víctimas y la generosa intervención del sacerdote consiguieron conmover anoche al público, no muy nutrido, de Maravillas. Hubo, al final, efusión de sangre, inevitable por las tropelías cometidas en el curso de tres actos por el cacique, y, pese a la conciliadora misión del párroco. La virtud triunfó a la postre, aunque por manera cruenta.

El público aplaudió entusiasmado a la conclusión de todos los actos, y vimos, junto al sacerdote de ficción, que era Manrique Gil, al verdadero sacerdote-autor, D. César Martínez. Consuelo Guerrero de Luna, el citado Manrique Gil y Pedro Yáñez fueron los mejores intérpretes del drama, y con ellos compartió el señor Martínez los aplausos frenéticos y alentadores de todo el auditorio.

* *

EL SIGLO FUTURO

Maravillas. "Calvarios ignotos".

Anoche se estrenó en el teatro Maravillas—con el teatro lleno de público—el drama en tres actos, original de D. César

Martínez. En carteles, programas e interviús, se ha hecho constar que el autor es Cura Párroco en el pueblo de Nombela (Toledo), y el público lo pudo aseverar, porque el Sr. Martínez salió a escena al final de los tres actos para agradecer los nutridos y reiterados aplausos.

No causó al público popular, que ocupaba todas las localidades del teatro, la menor extrañeza el traje talar del autor, y más bien esta circunstancia hizo los aplausos más cordiales. Y con esto ya queda dicho que el drama tuvo éxito completo.

¿Qué es el drama? Un esbozo de las amarguras porque pasa un Cura rural lleno de espíritu evangélico en su lucha contra el ambiente del lugarón en que ejerce su sagrado ministerio.

El Sr. Martínez se propone combatir en la escena con la obra estrenada cuatro males: el caciquismo, la usura, el latifundio y el absentismo. Y las consecuencias que de ellos dimanan. La acción es rectilínea; el autor va derecho al drama, que culmina en la muerte del Cura Párroco cuando al intentar impedir una riña sangrienta es alcanzado por una bala perdida. Los caracteres de los personajes no ofrecen la menor complicación psicológica; los buenos lo son íntegramente y los malos también.

De entre los primeros destaca la figura del sacerdote, cuyo sagrado carácter se impone y prevalece siempre sobre sus ímpetus de hombre, siendo modelo de abnegación, resignación, bondad y fortaleza de ánimo para defender a los pobres y a los débiles. Una figura simpática desde la primera a la última escena. Teatralmente, la obra está escrita con gran ingenuidad, pero la exposición de los sentimientos y de las pasiones, hecha de manera rotunda, llega directamente al ánimo sencillo de los oyentes con evidente eficacia.

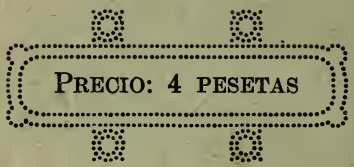
Se advierten en el Sr. Martínez condiciones de autor y don de observación que se revela en los giros, vocablos y modismos, populares incorporados al diálogo, que es siempre fácil y natural, aunque a veces surja un período declamatorio, que, sin embargo, produce su efecto en el auditorio. Como dicho queda, el drama gustó.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LOS FUERTES. Novela.
LA PEÑUELA REVIVE. Novela.

PARA ESTRENAR

MARAÑAS. Comedia en tres actos.


PRECIO: 4 PESETAS